
ASÍ PENSABA
EL CARDENAL RAÚL SILVA HENRÍQUEZ

Colección
TESTIGOS DEL EVANGELIO

**Así pensaba el Cardenal
Raúl Silva Henríquez**
P. Miguel Ortega R.

**Alberto Hurtado:
Profeta de la justicia**
Renato Hevia

Un milagro de amor
Antonio Rojas y otros

Una flor en el desierto
Jesús Bayo

P. MIGUEL ORTEGA R.

261.1
O 77
1999
c. 2

**ASÍ PENSABA
EL CARDENAL RAÚL
SILVA HENRÍQUEZ**



SAN PABLO

Distribuye:

SAN PABLO

Avda. L. B. O'Higgins 1626, Casilla 3746

Teléfono (2) 6989145, Fax (2) 6716884

Santiago de Chile

Diseño de Portada: *Mario Valdés M.*

© SAN PABLO

Avda. Vicuña Mackenna 10.777 (La Florida), Santiago de Chile

1ª edición - 1.500 ejemplares

Inscripción N° 110.855

I.S.B.N.: 956.256.285-9

Impresor: Talleres Gráficos Pía Sociedad de San Pablo

Avda. Vicuña Mackenna 10.777 (La Florida), Santiago de Chile

Octubre de 1999

Impreso en Chile - Printed in Chile

Presentación

Cada día que pasa la palabra y la persona del Cardenal Silva Henríquez adquieren mayor actualidad. Un hombre que supo mirar desde la fe los acontecimientos cotidianos nos enseña un estilo y nos da una lección.

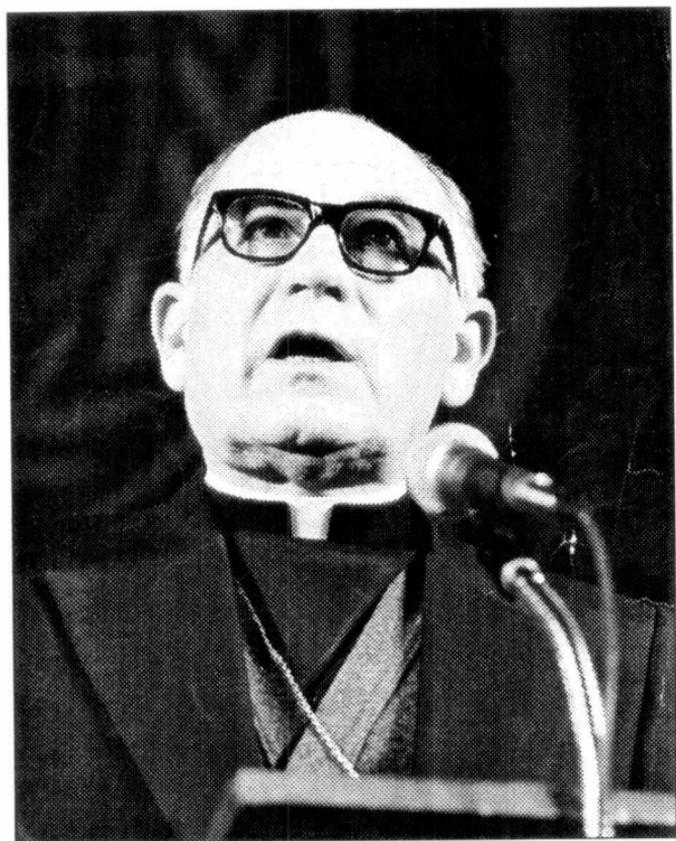
“En los acontecimientos está Dios”. En todo lo que pasa a nuestro alrededor Él nos dice una palabra. De esta manera Él nos interpela, nos cuestiona o nos impulsa. “No se puede pasar por las batallas de este mundo con una rosa en la mano”, dijo alguien. Y es verdad. Hay que mancharse las manos con la greda si queremos ser alfareros. “Hay que romper huevos para hacer una tortilla”, dicen otros.

El Cardenal no fue indiferente, no fue árbitro, no fue neutro, no fue ambiguo, no fue juez. Él fue fundamentalmente un pastor, un catequista, un profeta, un liturgo, un líder, un maestro. Su sola presencia daba respaldo y confianza. Nadie se podía equivocar con él. Tenía claridad en sus opciones. Sabía muy bien lo que tenía que decir. No dudaba de lo que debía hacer.

Por eso presentamos estas páginas. Ellas retratan de alguna manera su pensamiento y dan a conocer algo de su misterioso secreto: su relación diaria y permanente con el buen Dios.

Estamos seguros de que la vigencia de este hombre nos ayudará a todos.

P. MIGUEL ORTEGA R.



Primer mensaje

Al llegar a Santiago como Arzobispo, dirigió este saludo a los cristianos:

No es con la desunión ni con el odio con lo que podríamos remediar los grandes males que afligen a nuestra patria; ni tampoco es con la inercia con la que lograremos la solución de los apremiantes problemas de nuestros días. “No fue con la desunión ni con la inercia como logró la Iglesia en sus principios cambiar la faz del mundo” (Pío XII), sino con la caridad, la unión, el trabajo apostólico y el sacrificio.

Queridos hijos: ésta es la inmensa tarea que el Señor echa sobre nuestros hombros. Ésta es la divina tarea de todos. A esta tarea debemos consagrarnos por entero, entregando a ella todo lo que tenemos y todo lo que somos. El bienestar y la paz que esperamos para todos nuestros hermanos bien valen los sacrificios que por ellos debemos hacer.

La generación actual no puede mostrarse indigna de los hombres y mujeres que todo lo comprometieron para darnos patria. Los valores eternos que defendemos, inmensamente superiores a los bienes materiales que nos legaron, han de encontrarnos dignos de ellos y de nuestra responsabilidad.

Con la mirada puesta en el Señor que nos anima, que ha tenido para nosotros la inmensa dignación de confiarnos una hora crucial de la humanidad para cristianizarla y santificarla, emprenderemos confiadamente esta jornada.

24 de junio de 1961.

2

Carta desde Roma

El Concilio marcó la renovación de la Iglesia. El Cardenal nos escribe desde Roma:

Queridos hijos: Siento la necesidad de dirigiros estas líneas desde la ciudad de Roma, centro de la Cristianidad, donde nos encontramos reunidos los obispos del mundo entero empeñados en el noble trabajo del Concilio Ecuménico Vaticano Segundo.

Como bien lo sabemos, este Concilio “no tiene como primer objetivo estudiar algunos capítulos fundamentales de la doctrina de la Iglesia”, sino que más bien desea “profundizarla y exponerla de manera tal que responda a las exigencias de nuestra época”.

No tenemos que mirar ese tesoro precioso como si solamente nos preocupara el pasado, sino que tenemos que ponernos alegremente y sin temor al trabajo que exige nuestra época, siguiendo la ruta sobre la cual ha marchado la Iglesia desde hace veinte siglos. Es por esto que “debemos escoger una manera de presentar las cosas que corresponda mejor a una enseñanza de carácter plenamente pastoral”. Y a través de todos los esfuerzos de los Padres Conciliares debiéramos poder presentar al mundo de hoy una imagen atrayente de la Iglesia, “sin manchas y sin arrugas”, Reino de Dios en la Tierra y acogedora Arca de Salvación para la humanidad.

13 de noviembre de 1963.

3

Fraternidad americana

Desde el Cristo Redentor, en la Cordillera, nos dijo:

Un inmenso continente yace a nuestros pies, y es el momento de comprender y de sentir realmente que éste debe ser un continente de países hermanos. La historia, desgraciadamente, lo ha manchado aquí y acullá de sangre, y estas guerras fratricidas han cerrado herméticamente las fronteras y cavado trincheras de rencor y de desconfianza. Pero desde lo alto, y a la sombra de esta Cruz Redentora, todo esto nos parece pequeño y mezquino. ¿No es inmensamente más lo que nos une que lo que nos separa? ¿Qué sentido pueden tener nuestras competencias y nuestros resquemores?

Somos los retoños del mismo añoso y fecundo tronco hispánico, y la misma brisa de libertad nos hizo nacer a la vida independiente. Nos une una idéntica Fe, nos une el lenguaje, nos une la cultura, nos unen los mismos urgentes problemas y la misma decisión de superarlos.

Hace menos de 150 años, estas montañas vieron pasar a dos grandes hombres de nuestras tierras. Juntos emprendieron la grande y riesgosa aventura de consolidar la libertad de sus patrias y de América. Con ellos, siguiendo sus ejemplos y arrastrados por nobles ideales, iban los miles de héroes desconocidos, que constituían el grueso de sus ejércitos, y que pertenecían a este generoso pueblo de nuestros países, y sobre cuyo sacrificio siempre se edifican las grandes proezas de las vidas de nuestras naciones.

27 de febrero de 1965.

4

Derechos humanos

Invitado por la Sinagoga judía, el Cardenal Silva habló sobre Derechos Humanos en el Antiguo Testamento:

Señores:

El que lee y medita las páginas del Libro de los Libros se acercará a otro hombre y verá en él, aunque oculto bajo harapos, aunque inmaduro como el niño, aunque encorvado como una anciana viuda, a un hermano suyo, a un heredero de la casa del Padre de los cielos, a un ser dotado de alma inmortal, a una imagen y semejanza de Dios, a quien debe respetar y amar como a sí mismo.

¿Hay algo más grande?

En los inescrutables designios de Dios sobre Israel, vosotros continuáis dando un testimonio de sacrificio, de martirio, de amor a la libertad, de defensa de los derechos de la persona humana y de la dignidad del hombre.

Los tiempos son y han sido difíciles y trágicos. Pero Yahvé no se ha olvidado de su Pueblo. Y una aurora de esperanza, de paz y libertad, de fraternidad y amor, ha de brillar también con todo su esplendor para Israel. Lo deseamos de todo corazón.

29 de julio de 1965.

Neruda, Doctor Honoris Causa

*En el Consejo Superior de la Universidad Católica,
el Cardenal opinó:*

Quiero referirme al otorgamiento del título de Doctor Scientiae et Honoris Causa que se ha propuesto, aquí, conceder al poeta Pablo Neruda.

Creo que debe establecerse con claridad cuál es la mente de la Universidad al concederlo. Mi opinión personal es que, sin lugar a dudas, el poeta lo merece. Creo que la Universidad, al concederle este título, realiza un gesto que tal vez no sea comprendido por los necios, pero sí por otras personas de valer. En esta actitud nuestra se reflejan valores de extraordinaria importancia, valores que la Iglesia desea hoy día vehementemente manifestar en su comportamiento y en su manera de ser.

El primer valor es que, de una vez por todas, se muestre y se crea que la Iglesia aprecia la Verdad, el Bien y la Belleza, aunque estén representados en quienes no participan de su convicción religiosa. En otras palabras, que la Iglesia Católica por su naturaleza, el Cristianismo por su naturaleza, no pueden ser sectarios, pues el sectarismo está reñido con nuestra esencia profunda. Allí se arraiga la existencia del sano pluralismo.

27 de junio de 1969.

¿Sacerdotes en crisis?

Tiempos difíciles los de la Iglesia Joven. En una entrevista de prensa al Cardenal le preguntaron:

– Todos los hechos que se han venido produciendo últimamente en la Iglesia de Santiago, que en general representan una abierta rebelión de sacerdotes, en algunos casos, y de fieles, en otros, ¿configuran un cuadro de crisis en la Arquidiócesis a su cargo?

– San Francisco de Sales solía decir que “el bien no hace ruido... y el ruido no hace bien”. La inmensa mayoría de nuestros sacerdotes trabajan silenciosamente, con alegría y en paz. Están en medio de los problemas, los sufren con y como los demás, perciben la necesidad y urgencia de cambiar muchas cosas y cambiar ellos mismos. Y por eso estudian, revisan, consultan y se unen entre sí y con los religiosos y laicos, para buscar mejores caminos. Cuando algo no les resulta, o no tan rápido como quisieran, asumen la responsabilidad e investigan diligentemente la causa, y ponen ellos mismos el remedio.

Cuando algo les resulta bien, no dicen nada, porque entienden que para eso están y son sacerdotes. Por eso no hacen ruido y no se habla de ellos en los titulares. Pero ellos son el rostro más genuino de nuestra Iglesia. Lo otro es la excepción, es la enfermedad. Ha existido siempre y se dará sobre todo en épocas de tensión, de crecimiento vital, como indudablemente atraviesa no sólo nuestra Iglesia de Santiago y chilena, sino la Iglesia universal y la Humanidad en que ella vive y a quien pretende servir.

15 de enero de 1970.

Vocación política

El Cardenal valoraba la vocación a la política, pero no en el clero. Le preguntaron:

– Ese hincapié que los ministros de la Iglesia de Santiago hacen en su labor social, ¿no estará conduciendo a muchos de ellos al acercamiento a doctrinas de orden más político que religioso, y que los implican más en asuntos que no son exactamente propios de la Iglesia?

– Yo creo que existe también una vocación a la vida política: vocación de consagración y servicio a la gran comunidad nacional. Un laico cristiano que reconozca en sí esa vocación no puede sustraerse a ella. La autenticidad de su fe se probará, en tal caso, en la lealtad y reciedumbre de su compromiso con el Bien Común. Normalmente ello le demandará adherir a un determinado partido –el que su conciencia libremente escoja como idóneo–, y aceptar las a veces muy duras reglas del juego político, dentro del respeto hacia quienes, libremente también, escojan una opción diferente.

Para ellos, los laicos, es un derecho y deber. La misión de la jerarquía es distinta. Obispos, sacerdotes y religiosos no podemos empeñarnos en una política partidista, por más que individualmente poseamos legítimas preferencias y cumplamos consecuentemente nuestros deberes ciudadanos. Pero en nuestra condición de pastores, nuestra tarea es reafirmar los grandes principios e imperativos morales, denunciando todo atropello del hombre y anunciando el Evangelio de la Paz, fruto de la Justicia.

15 de enero de 1970.

Tierra para los campesinos

Audaz fue la decisión de entregar las tierras de la Iglesia a los campesinos. Dijo el Cardenal:

La Iglesia tomó la decisión de distribuir estas tierras a quienes con su trabajo y esfuerzo prolongado demostrasen capacidad y responsabilidad para ser propietarios de ellas. Han sido años difíciles para ustedes, años de sudor, de fatiga y de lucha, y también de esperanza y confianza. "Los que siembran entre lágrimas, cantando cosecharán".

Nosotros los hemos acompañado en este tiempo. Hemos seguido con interés y cariño los esfuerzos que los preparaban para ser propietarios de estas tierras. Estas tierras donde ustedes han visto salir y ponerse el sol, regadas por las lluvias y recorridas palmo a palmo por el caminar de cada día.

Hoy estas tierras les pertenecen. Y esto nos llena de alegría, emoción y esperanza. Por eso en este momento deseamos agradecer a Dios que nos inspiró para iniciar la Reforma Agraria, para distribuir las tierras de la Iglesia.

¿Por qué lo hicimos? Porque la Iglesia debía ser leal y sincera consigo misma y con todos los chilenos. La Iglesia ha nacido para continuar la misión de Cristo y esta misión se resume en esta palabra: dar. La Iglesia debe dar la Verdad y el Amor. Y éstas no son sólo buenas palabras. Su verdad y su amor son la generosidad, la solidaridad, la unión entre los hombres. Esto significa que los bienes de la Iglesia son los bienes de todos los hombres, especialmente de los que menos tienen, los bienes de los pobres.

Mayo de 1970.

Paz y libertad

Entregando las tierras de la Iglesia, dijo también:

Todos queremos vivir en paz... todos deseamos trabajar en tranquilidad y libertad para construir nuestro destino. Pero no nos hagamos ilusiones: la paz sólo es posible si existe la justicia social. Y una forma principal de justicia es la de distribución equitativa de los bienes y las tierras.

La desigualdad injusta y opresora engendra la violencia, el odio, el rencor que ya presenciamos en nuestra patria. La libertad sólo es auténtica y duradera cuando es para todos, y no cuando es el patrimonio de los que poseen dinero y cultura.

El verdadero orden que tanto anhelamos, es el orden de la justa distribución de las riquezas, porque no puede haber orden donde existe la explotación, donde existen unos pocos privilegiados y una multitud de explotados. Lo demás será un orden aparente, que durará mientras dure la represión de las justas aspiraciones, pero tarde o temprano este "orden" caerá víctima de su propia injusticia y error.

Dios quiera hacer comprender a los propietarios que hoy pierden parte de sus tierras, que con su sacrificio están contribuyendo a la paz y la justicia en nuestro país.

Mayo de 1970.

10

Evangelizar

En la Jornada Mundial de los Medios de Comunicación Social, nos recordó en la Catedral:

Sí, queridos hijos, hoy es bueno recordarlo: nuestra primera tarea, nuestra misión más específica, como obispo, como sacerdote, como laico, como bautizado en Cristo Jesús y en la Iglesia, es evangelizar. Proclamar la Buena Nueva. Decir y hacer, hablar y vivir esta Noticia Alegre: Cristo ha muerto y vive para traer libertad a los oprimidos. Sus testigos no podemos callar.

Hay tantas situaciones humanas que envuelven una opresión, tantas carencias morales de quienes están mutilados por su egoísmo, bloqueados por la angustia de una vida sin fe. Allí se espera, allí se tiene el derecho de exigir nuestra palabra, de exigir que seamos luz.

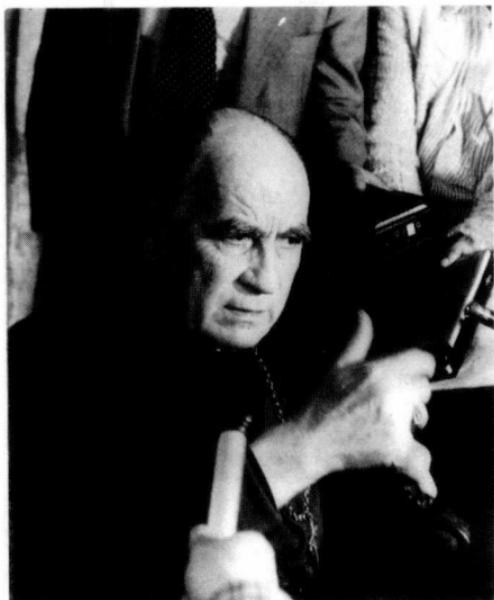
Pero el encargo del Señor es todavía más explícito: proclamen la Buena Nueva a toda la Creación, sean mis testigos hasta el confín de la Tierra. Nuestra noticia es para todos los hombres. Lo que nos ha sido dicho al oído, tenemos que proclamarlo por sobre los tejados.

Cada vez que contemplamos la ciudad, con sus techos erizados de antenas –símbolo de la moderna comunicación social–, vuelve a inquietarnos ese mandato del Señor. ¿Acaso el Evangelio no reconoce los mismos marcos, no tiene la misma tendencia que los modernos medios de comunicación? ¿No pretenden ambos llegar y unir a todas

las regiones del universo, suprimiendo distancias, instando a conocerse, a comulgar en aspiraciones comunes, a superar barreras odiosas y desigualdades irritantes, creando vínculos de aprecio y solidaridad?

Sí: la Comunicación Social tendría que ser el conducto normal para anunciar la Buena Nueva del Evangelio. Su capacidad prodigiosa de acercar y congregar a hombres dispersos, es como una invitación a proclamar, por sobre los tejados y hasta el confín de la Tierra, el testimonio de Jesús Libertador.

10 de mayo de 1970.



La tentación de la violencia

*Celebrando la Resurrección, en la Catedral de Santiago,
nos advertía:*

La tentación de la violencia, la tentación de Pedro, el jefe de los suyos, de sacar la espada y defender al inocente destruyendo al culpable... la tentación de combatir el mal arrancándolo de la Tierra... de hacer llover fuego del cielo sobre los que luchan contra el Evangelio y resisten a la Verdad... se ha insinuado con persistente constancia, y con renovada y convincente dialéctica, a través de los siglos de vida de la Iglesia de Cristo. Y ha solicitado a generaciones de cristianos, que no siempre han sabido rechazarla siguiendo el ejemplo del Maestro.

Llenos a veces de generosas ilusiones, discípulos de Cristo han emprendido el camino de la violencia. Han sacado la espada de la vaina y, como Pedro, han derramado la sangre de sus hermanos.

Cuantas veces la Iglesia ha tomado este camino y ha saboreado, seducida por su belleza, este fruto tentador, ha debido llorar amargamente, arrepintiéndose de haber emprendido el derrotero de la guerra para obtener la Paz.

La triste experiencia de la Historia ha venido a demostrar a los hijos del Mártir del Gólgota, que sólo hay una manera de vencer el mal: el Bien. Que sólo se extingue el odio, en el Amor. Que sólo se edifica la Justicia, con el sacrificio generoso del que sabe dar lo que tiene para satisfacer el hambre del que no tiene.

Resurrección, 1970.

Proteger la vida

En Puente Alto perdieron la vida dos jóvenes, víctimas de la violencia. Entonces en Canal 13 dijo:

Hay muchas cosas que los discípulos de Jesús quisiéramos hacer, como las hizo el Maestro, y no podemos.

No podemos, como Él, multiplicar el pan, aunque el hambre de los pobres nos angustie y nos acuse.

No podemos, como Él, acallar una tormenta, mandar sobre las fuerzas de la naturaleza, impedir los terremotos que destruyen y matan a tantos hermanos nuestros.

No podemos, sobre todo, resucitar a los muertos. Devolver, como tantas veces lo hizo Él, a un joven a la vida y sembrar de nuevo la alegría en el corazón y en el rostro de sus padres.

Por eso vivimos horas de tristeza. La Ley de Cristo es que llevemos unos las cargas de los otros. Y ninguna carga es tan difícil de llevar como la muerte de un hijo. Nuestras manos quisieran tomar algo de esa carga, y se levantan ahora para orar y para exhortar.

Oramos por los que lloran: el Dios y Padre de toda consolación haga brillar en ellos la esperanza del reencontro.

Agosto de 1970.

Conquistar la paz

Como una profecía, en vísperas de las elecciones presidenciales de 1970, el Cardenal nos dirigió este mensaje:

¿Cómo conquistar esa paz?

Ante todo, perdiéndonos el miedo unos a otros. Y la mejor manera de perdernos el miedo es conocernos, que es ya empezar a comprendernos. Si los chilenos hiciéramos un esfuerzo serio por conocernos, descubriríamos algo sorprendente: lo que nos une es mucho más fuerte que lo que nos separa. Todos deseamos pan, respeto y alegría. Todos somos y nos sentimos chilenos, celosos de nuestra soberanía, acostumbrados a la libertad. Todos entendemos que en nuestra mesa común no puede haber privilegiados ni marginados. Todos queremos que esta tierra de todos la disfruten todos, con los mismos derechos y las mismas oportunidades. Todos anhelamos la paz. Diferimos, sí, en los caminos, en los métodos, en la velocidad para alcanzarla. Hay quienes quisieran dos aceleradores, mientras otros preferirían dos frenos. Pero todos nos sentimos en el mismo coche.

Y si es así, si al conocernos descubrimos que somos tan semejantes, tan solidarios, tan próximos, ¿por qué tanto prejuicio, por qué tanto miedo, unos de otros? ¿Será tan difícil comprender al otro?, ¿comprender que tras su lenguaje imperfecto, su conducta vacilante, sus métodos discutibles palpita el hombre sediento de justicia, el hombre que quiere amar y ser amado, respetar y ser respetado,

crecer bajo un techo que resguarde su intimidad, ser padre responsable de hijos felices, crear sus propias obras, creer en un Dios que salvará la obra de sus manos? ¿Puedo reprocharle que tenga los mismos anhelos, los mismos ideales que yo tengo? ¿Puedo negarle los mismos derechos que reclamo para mí? ¿Puedo condenarlo porque lo sorprendo en las mismas faltas y contradicciones en que yo caigo?

¡Conozcámonos! Adentrémonos, con respeto, unos en otros, más allá de esa etiqueta o denominación política que nos separa y aleja como si fuéramos extraños. ¡Conozcámonos, para empezar a comprendernos! ¡Perdámonos el miedo unos a otros!

3 de septiembre de 1970.



14

Lloramos

Impacto produjo el crimen del Comandante en Jefe del Ejército, don René Schneider. El Cardenal habló:

Desde el episodio de Caín y Abel hasta el Mártir del Gólgota... desde la muerte de Cristo hasta la de aquellos profetas que en nuestros días mueren como Él, por dar testimonio de la Luz, la violencia se ha revelado como absolutamente estéril. Estéril digo, para quienes pusieron su fe en ella: siempre obtuvieron exactamente lo contrario de lo que pretendían. Ni sus conciencias encontraron paz, ni la luz que combatieron fue oscurecida, ni la palabra que les molestaba logró ser acallada. Cuando pensaron reducir sus víctimas al silencio, la sangre de ellos se alzó para hablar con más elocuencia que todas las palabras. Y de sus mismas muertes surgió, inagotablemente fecundo, un manantial de vida.

Por eso lloramos, pero no perdemos al que da la vida por sus amigos.

Hoy son nueve millones de amigos, nueve millones de chilenos los que sienten renacer su hambre y sed de justicia, su pasión por la verdad, su anhelo y vocación de paz, su imperativo de fraterna unidad y, sobre todo, su fe en la convivencia democrática.

Una nueva vida palpita en el corazón de la patria; una conciencia se ha hecho común y definitiva: el camino de la justicia no pasa por la violencia.

26 de octubre de 1970.

15

Justicia

Un nuevo gobierno asumía los destinos de Chile. El Cardenal quiso decir su palabra:

“**A**bran la ruta, quiten los obstáculos del camino de mi Pueblo”, nos ha urgido recién el Señor, por boca del profeta Isaías. “Rompan las cadenas injustas, devuelvan la libertad a los oprimidos, arranquen todos los yugos”. Así suena, recio, exigente, el auténtico mensaje profético. Así se encarna y se prueba una fe religiosa verdaderamente vivida. Ritos y ceremonias, ayunos y penitencias agradan a Dios cuando los inspira el anhelo y el deber de hacer justicia al hermano.

“Compartir tu pan con el hambriento, albergar a los pobres sin techo... y no esquivar al que es tu propia carne: ¿no es ése el ayuno que agrada al Señor?”. Así lo acabamos de escuchar: palabras de un Libro que es patrimonio de la Humanidad.

Los que creemos y vivimos de esa Palabra, no podemos temperarla. No nos es lícito atenuar en nada el rigor de su experiencia. No podemos desvirtuar la fe, convirtiéndola en pretexto para esquivar la miseria de quienes son nuestra carne. El Reino que esperamos comienza a construirse aquí, y uno de sus pilares es la Justicia. Por eso es que en un acto netamente religioso, como el presente, no dudamos en hablar de una misión urgente que nos compromete a todos. A todos, sí: a los que han recibido un legítimo man-

dato del pueblo, y los que hemos recibido un auténtico mandato de Dios. Dos mandatos que, por distintos y complementarios caminos, apuntan a una misma y urgente tarea de liberación. El Dios que en Jesucristo se identificó con los pobres y oprimidos nos juzgará según nuestra fidelidad a ese mandato.

3 de noviembre de 1970.



En pañales

Este texto es una página maravillosa. Vale la pena meditarla:

Un niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre, ilumina esta noche de la Humanidad.

Por este niño empezaron los hombres a mirarse como hermanos. Este niño es el Rey y Salvador prometido a los pobres.

La alegría del pueblo, la paz en la tierra, nacen con este niño. Nunca nadie fue tan esperado como Él. Y a nadie necesita hoy el mundo tanto como a Él.

Si hoy luchamos por los derechos de los pobres es porque Él, siendo rico, se hizo pobre. Si el clamor de justicia se hizo inacallable, es porque Él se ha encarnado en todos los desposeídos de este mundo.

Toda la esperanza que mantiene en marcha a la Humanidad, se funda en que Él vino y volverá. Todo el amor que los hombres se entregan, responde a la ternura y pureza del amor de ese Dios hecho niño.

En este Niño tomó Dios la carne de los hombres, para que ninguna obra, ningún afecto de los hombres, se perdiera en la nada.

La fe en este Niño, Dios humanado, es la victoria que vence al dolor y a la muerte. Su nacimiento es una invitación a nacer. Esta noche ha de nacer en nosotros un Hombre Nuevo.

24 de diciembre de 1970.

Los niños

“Ser como niños” es una vocación de todos los que creemos en Jesús, nacido en Belén:

Sólo los que son niños... tienen acceso al Reino de Dios, que es justicia, paz y alegría de amar.

Nacer de nuevo, ser niños, significa para nosotros actitudes, mutaciones concretas. No es jugar con las palabras ni apelar a sentimientos fáciles.

Los violentos no son niños. Los que ambicionan imponerse y dominar, presionar las conciencias y oprimir, no son niños. Los carentes de humildad para aprender y recibir, los que no quieren oír, ni compartir, los que no toleran la discrepancia o la contradicción, no son niños.

Los que no son niños siembran desconfianza, fomentan celos, introducen distancias. Hacen a los hombres sentirse extraños y enemigos. Alejan en lugar de acercar. Ofenden y hieren. Pueden fríamente matar para coronar su intransigencia, en lugar de abrirse al diálogo y reconocer en el otro a un hermano.

Los violentos no son niños. Los que injustamente retienen lo que no les pertenece, los que arbitrariamente despojan a su hermano de su tierra o su casa, de su justo salario, su trabajo, su honra o su fama, niegan con sus hechos lo que, tal vez, celebran esta noche: el nacimiento

de un Hombre Nuevo, de un Salvador que aparece como niño, muda y elocuente protesta contra todas las formas de violencia.

Seamos consecuentes. No juguemos con las palabras ni con sentimientos fáciles. Celebrar esta noche al Cristo Salvador que nos ha nacido implica vencer en nosotros esa violencia que Él derrotó haciéndose niño.

24 de diciembre de 1970.



El Dios del Evangelio

En el Claustro Pleno de la Universidad Católica el Cardenal fue extraordinariamente claro. Dijo:

El Dios del Evangelio no es rival, ni amenaza, ni enajenación para el hombre. Muy por el contrario, es su Creador y Liberador, el fundamento de cuanto en él hay de noble y hermoso. Y el garante más celoso de sus derechos y dignidad.

Si por salvar su libertad Dios no se perdonó a sí mismo, tampoco permanecerá indiferente ante quien alevosamente la pisotee, la niegue o la manipule, desconociéndola bajo cualquiera de sus formas; como libertad de pensamiento (y, por lo mismo, de hacer cultura), como libertad religiosa, como libertad de expresión, como libertad de crítica, como libertad de asociación.

Si Dios quiso morir para convertirse Él mismo en medio e instrumento de Salvación de la libertad humana, no podrá tampoco tolerar que nadie la mediatice o instrumentalice, sometiéndola al servicio esclavizante de objetivos políticos, económicos o ideológicos, que se erijan en pretexto para mutilarla.

Dios no ha escatimado ningún recurso para proclamar, con una elocuencia que hace enmudecer a toda elocuencia humana, el valor infinito que Él concede al hombre y su libertad. Con su muerte en el Calvario, clavó Dios sobre la Cruz la más radical y solemne Declaración de los Derechos del Hombre que la historia jamás presenciara.

Mayo de 1971.

Matar el odio

Época violenta. Dificiles tensiones. En el funeral de don Edmundo Pérez Zujovic, el Cardenal habló:

Pocas veces hemos gustado tanta amargura. La muerte es siempre amarga; también lo ha sido para el Hijo de Dios. El asesinato es más amargo, porque es la muerte del que muere y del que mata. Pero el crimen político desborda el cáliz de la amargura, porque es el triunfo del odio. Y el odio envenena y puede matar el alma de una sociedad.

Pocas veces hemos saboreado tanto esta amargura; pocas, pero nos parecen ya demasiadas. En menos de un año, dos hermanos nuestros, que dedicaron su vida a servir a los demás, han caído sacrificados a una fría y calculada voluntad de destrucción. Dos veces, dos hombres. ¡Ya es demasiado! Tenemos que matar el odio antes de que el odio envenene y mate el alma de nuestro Chile.

Estamos bebiendo hoy, el mismo cáliz del Señor. También nuestra alma siente tristezas y angustias de muerte. Vemos levantarse ante nosotros, terrible y trágico, el fantasma de las luchas fratricidas. Nos parece como que las oscuras fuerzas del odio quieren conducir a nuestra patria a enfrentamientos irreconciliables, en que algunos ponen, como condición de triunfo, la destrucción de los otros.

Tememos —¡y ojalá nos equivoquemos!— que por el camino del odio y de los asesinatos, en lugar de construir

una patria más justa y más acogedora para todos, nos encaminemos a la destrucción de los valores más nobles en Chile, y al fracaso de la más anhelada y esperanzada expectativa de nuestro pueblo: la justicia social.

10 de junio de 1971.



Carta a los cristianos de Holanda

Muy puestos los pies en la tierra, el Cardenal describe lo que sucede en las naciones pobres:

Los cristianos del Tercer Mundo experimentamos, a veces, la sensación de que nuestros hermanos más privilegiados no nos conocen suficientemente o no han sacado las últimas consecuencias del Evangelio que unos y otros profesamos.

No nos conocen suficientemente. No saben, con exactitud, quiénes somos, cómo vivimos, qué necesitamos y con qué urgencia vital. No nos conocen: a esas 43 naciones africanas con 360 millones de habitantes cuyas esperanzas de vida no pasan de los 40 años.

A esas 25 naciones de Asia con más de 2 mil millones de habitantes, cuyos pueblos consumen menos de mil calorías por persona.

A esos 300 millones de América Latina, de los cuales 100 son analfabetos. A esos 700 millones de analfabetos en Asia, África y América Latina.

A esos 230 millones de población activa que no pueden hallar trabajo remunerativo. A esos 390 millones que sufren hambre declarada, y a esos 1.300 millones que son víctimas del hambre disfrazada.

No nos conocen: no saben del drama de nuestros hacimientos humanos, con su cortejo de insalubridad, promiscuidad, atenuación y pérdida del sentido moral. No sospechan el proceso de acumulada frustración, que deviene en resentimiento y rencor, y desemboca en el odio y la violencia, cuando se ve que tantos tienen tan poco, y tan pocos tienen tanto, y que los individuos y los países ricos se hacen siempre más ricos, mientras que los pobres siguen siendo día a día más pobres.

Febrero de 1972.



No a la violencia

En tiempos de mucha confusión, el Cardenal ocupó las pantallas de Canal 13 para decir:

Hemos condenado la violencia. Más que eso: la hemos desensmascarado. Le hemos quitado el antifaz que la hace atractiva y seductora, presentándola, a veces, como el único y el mejor camino.

La violencia no es el único ni el mejor camino. Ni siquiera es un camino. Los pueblos no cambian ni progresan, no se ponen en marcha, sustituyendo una violencia por otra.

La violencia liquida las libertades, suscita odios y rencor de venganza, impide las participaciones del pueblo o las desnaturaliza. Quienes aceptan la violencia no conocerán nunca la paz, sino una tranquilidad de parálisis.

Nuestro pueblo chileno no ama la violencia, y no cree en ella. Quizás porque nació como hijo de la guerra y conoció sus horrores, y pagó su precio, por eso mismo aprendió que no hay don más precioso ni valor más necesario que la paz.

2 de septiembre de 1972.

Supremacía del hombre

Las palabras del Cardenal fueron certeras, directas, absolutamente claras:

Nada puede eximirnos del respeto al hombre. Nada, ni siquiera el hecho –amargo, irritante– de que ese hombre no nos respetara. El mal sólo se vence con el bien, la injusticia con la más estricta justicia, la mentira con la fuerza avasallante de la verdad.

Temo a ratos que hayamos dejado o lleguemos a dejar de respetarnos, que la luz del que camina en dirección opuesta nos encandile, en vez de iluminarnos. Que nos tornemos incapaces de escucharnos, de entendernos, a veces hasta de vernos, bloqueados por un obcecamiento que nos divide y cataloga en categorías irreductibles.

Hay que rescatar la supremacía del hombre, la inviolabilidad de toda persona humana, la intangibilidad de todos sus derechos: su derecho a la tierra y a la vivienda, su derecho a la educación y a la salud, su derecho al trabajo y al descanso, su derecho a organizarse y agremiarse, su derecho a expresarse y a informarse, su derecho a participar responsablemente en las decisiones ciudadanas, su derecho a elegir en conciencia su camino y su fe.

La justicia –que tanto y tantos anhelamos– es sólo el fruto de una educación sistemática a respetar y amar el derecho de los otros. Sólo el que hace de la justicia, así en-

tendida, su ideal y afán permanentes, puede esperar ver garantidos sus propios derechos. Sólo así el dinamismo del pueblo concientizado y organizado podrá ponerse al servicio de la justicia y de la paz, y no de la cólera y la violencia.

29 de octubre de 1972.



Era posible

No se cansó el Cardenal Silva de pedir entendimiento entre los chilenos:

En estos días asistimos, con una mezcla de incredulidad y de júbilo, al anuncio de paz en Vietnam.... ¡De manera que era posible! Siempre ha sido, siempre será posible que los hombres eviten la guerra.

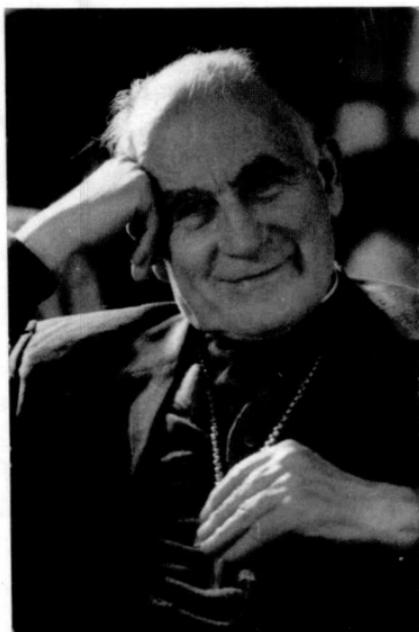
Nunca ninguna guerra, ninguna confrontación, ninguna agresión entre los hombres es necesaria, conveniente o indispensable. Siempre será posible que los hombres, aun de distintas razas y naciones, lleguen a entenderse... si lo quieren.

¿Cómo vamos a creer que los hombres de un mismo pueblo, hermanados como sólo la sangre, la historia y el destino común pueden hacerlo, cómo vamos a creer que hermanos que juran a una misma bandera y duermen y trabajan en un mismo suelo, no serán capaces de escucharse, comprenderse y darse la mano?

Tantas veces he hablado del alma de Chile. Alma de un pueblo hospitalario y cordial, enemigo del rencor y de la violencia. Alma de un pueblo que siente la solidaridad, un pueblo limpio de corazón, ajeno a las disputas de poder y de prestigio, a los sueños de ficticia grandeza, a las rivalidades y envidias que proliferan allí donde sobreabunda el dinero.

Alma de un pueblo que vive de su fe sencilla en su Dios, de ese Dios que prefiere a los humildes y rechaza a los soberbios, de ese Dios que le ha mostrado, en toda su historia y le muestra aún hoy, el camino de la unidad en el respeto mutuo, como el mejor y único camino.

29 de octubre de 1972.



Los dirigentes políticos

Respondiendo una carta a don Luis Corvalán, Secretario General del Partido Comunista, dice:

Tengo fe, Señor Senador, en la rectitud, en el buen sentido y en el patriotismo de los dirigentes políticos chilenos. Y estoy seguro de que no solamente manifestarán su conformidad verbal con nuestra esperanza de reconciliación nacional, sino que darán los pasos necesarios para restablecer el diálogo perdido, el “desarme de los espíritus y de las manos”, y lograr, tanto desde el Gobierno como desde la oposición, el consenso necesario para que el anhelo de justicia y de paz de nuestro pueblo no sea frustrado por pequeños intereses de grupos o partidos, existentes en unos y otros.

Bien dice usted que “desde el punto de vista filosófico no tenemos las mismas ideas”, pero estoy seguro de que nuestro pueblo, profundamente religioso, en quien está enraizado por convicción y tradición secular el humanismo cristiano, respetará y se alegrará junto a sus Obispos, por todos aquellos partidos que desde la oposición o el Gobierno conduzcan a Chile hacia la solidaridad nacional y no al conflicto.

20 de julio de 1973.

Consenso nacional

Incansable para pedir "acuerdos". Dice el Cardenal al Senador Patricio Aylwin, Presidente del PDC:

Comprendo, Señor Senador, que para ustedes el llegar a dialogar representa no pequeñas dificultades, y que han hecho grandes sacrificios para secundar la humilde sugerencia que los obispos hemos hecho, inspirados solamente en las exigencias del Evangelio y sin representar "ninguna posición política, ningún interés de grupo, y solamente movidos por el bienestar de Chile, tratando de impedir que se pisotee la sangre de Cristo en una guerra fratricida".

Nuestro deber como cristianos, como chilenos, y por lo tanto, como obispos, es saber ser sensibles y escuchar la voz de Dios en la multitud de hermanos e hijos nuestros que tienen hambre y sed de justicia. Y para saberlos interpretar, creemos que ambos bandos en lucha deben sacrificar legítimas divergencias políticas "renunciando cada uno a la pretensión de querer convertir la propia verdad social en solución única", en un diálogo que para ser fructífero, "requiere que se verifique en la verdad, que se diga toda la verdad, que haya sinceridad para proclamar las intenciones reales, que se desarmen los espíritus y las manos".

Los tristes acontecimientos vividos en estos días, nos están urgiendo a encontrar un camino de sensatez, de comprensión y de un mínimo de "consenso nacional para lograr la paz, realizar las transformaciones sociales", y unificar a nuestro pueblo disperso, para que luche por la "justicia y no por la violencia y la destrucción".

Agosto de 1973.

El verdadero rostro

“No nos han hecho caso”, decía el Cardenal. A los pocos días del pronunciamiento militar dijo:

El ideal del amor, que quisiéramos vivir en plenitud y hacerlo vivir a nuestro alrededor, exige sacrificios, luchas y superaciones no fáciles de aceptar y emprender. Pero sólo ese ideal realmente aceptado y realizado puede construir un mundo mejor, más humano y más justo.

Sólo ese ideal, encarnado en nuestro Chile, lo hará recuperar su verdadero rostro, y hará renacer entre nosotros el calor del hogar, los lazos de la familia, de la fraternidad que tanto anhelamos. Deseamos ardientemente destruir el odio para evitar que el odio mate el alma de Chile.

Vuestro Pastor sólo quiere servir a todos, y muy especialmente a los pobres, a los humildes, a los que sufren. Si logra enjugar una lágrima, mitigar un dolor, aunque esto sea a costa de grandes incomprensiones, se sentirá feliz. Sólo quiere amar y servir. Humildemente pide para esta su actitud, comprensión y respeto.

Que la Madre de Jesucristo y Madre de Chile nos obtenga de Él la justicia y la paz. Que el Señor ilumine con su gracia a nuestros gobernantes, para que cuanto antes consigan, como lo han expresado, que la normalidad institucional se restablezca y todos los chilenos nos sintamos verdaderamente hermanos.

16 de septiembre de 1973.

La Patria

El Cardenal amaba a Chile con pasión. Y su testimonio y su enseñanza permanecen. Nos volvió a decir:

Nosotros, todos, somos constructores de la obra más bella: la patria. La patria terrena que prefigura y prepara la Patria sin fronteras. Esa Patria no comienza hoy, con nosotros. Pero no puede crecer y fructificar sin nosotros. Por eso es que la recibimos con respeto, con gratitud, como una tarea hace muchos años comenzada, como un legado que nos enorgullece y compromete a la vez.

Nuestra mirada hacia el pasado, próximo o remoto, quisiera ser más inquisitiva que condenatoria, más detectora de experiencias que enjuiciadora de omisiones, más de discípulo que aprende que de maestro que enseña. Recibimos la patria como un depósito sagrado y una tarea inacabada.

Esta tarea hace renacer en nosotros una inmensa esperanza, que sentimos en este momento religioso todos los que de una u otra manera, por uno u otro título, revalidamos nuestro compromiso con las multitudes hambrientas y sedientas de justicia, y queremos ser, para ellas, constructores de un mundo más solidario, más justo, más humano, artífices de la Paz verdadera, la que el corazón del hombre anhela, la única portadora de la tan deseada liberación.

Para poder realizar tan noble tarea, en estos momentos todos los chilenos, creando un clima de comprensión, de justicia y sensatez, de perdón y fraternidad, debemos superar nuestras divisiones y luchas, debemos olvidar nuestras diferencias y nuestras opiniones contrastantes, debemos acabar con el odio para que él no envenene y destruya el alma de nuestra patria.

18 de septiembre de 1973.



El alma de Chile

En múltiples oportunidades el Cardenal habló del "alma de Chile". Y lo hizo con pasión:

¡Qué hermosa es el alma de Chile, don de Dios a nuestro pueblo! Y cuando el propio Señor infunde en nuestra alma impulsos de renovación, cuando el Espíritu de Dios sopla impetuoso, exigiendo que se evangelice a los pobres y se libere a los oprimidos, no está ciertamente pidiendo negar o destruir el alma de Chile.

No somos todavía una sociedad perfecta. Subsiste en nosotros el pecado personal y colectivo. Somos como el pueblo escogido, como la humanidad misma, una tierra que Dios miró con amor, una familia que Él prefirió, y a la que quiso pertenecer, porque la vio pequeña y débil, imperfecta, necesitada de Él.

Y se hizo Dios uno de nosotros. Y nos aceptó como somos. Y nos respetó en nuestra originalidad y en nuestros vacíos. Y caminó, y sigue caminando con nosotros, sosteniendo nuestras aspiraciones de libertad, alentando nuestras conquistas, denunciando nuestras tinieblas. Nos respeta. Cree en nosotros. Espera. Confía.

¡Admirable misterio de nuestra fe! La fe de un pueblo que lo espera todo de su Dios. La fe de un Dios que lo espera todo de su Pueblo.

Por eso en este día, en que en nuestras almas se mezclan la congoja y la esperanza, venimos aquí a implorar al Señor de la Historia, a Cristo, nuestro Hermano y nuestro Redentor, que ilumine nuestro camino, fortalezca nuestras almas, consuele nuestros dolores, y nos dé el don bendito de la Paz que Él nos prometió. Así sea.

18 de septiembre de 1973



No se nos ha oído

Al Cardenal le dolía el dolor de su país. En la Catedral nos dijo:

Hemos presenciado desde la última Pascua de Resurrección hasta ahora, las vicisitudes de nuestra historia, los dolores de nuestro pueblo, las luchas de nuestros hijos. Lo hemos presenciado. Sentimos dolorosamente que nuestro pueblo, que nuestros hijos, que estos hijos de Dios y el pueblo de Dios, no sean capaces de comprenderse, de respetarse, de amarse. Y que, por el contrario, los odios fraternizadas se despiertan entre nosotros.

Hemos presenciado la lucha y hemos visto la muerte de nuestros hermanos. Hemos visto el dolor de una situación sangrienta en nuestra patria y de una guerra entre compatriotas. Hubiéramos querido evitarla, hemos hecho todo lo posible por evitarla, al menos así lo pensamos. Tal vez, también, nosotros hemos sido culpables y no hemos hecho todo lo que debiéramos.

Hemos dicho que la violencia no genera sino violencia, y que éste no es camino para hacer una sociedad más justa y mejor. Hemos dicho a nuestro pueblo, a nuestras autoridades, que no se puede faltar a los principios del respeto al hombre, que los derechos humanos son sagrados, que nadie puede violarlos. Les hemos dicho en todos los tonos esta verdad. No se nos ha oído. Y por eso hoy día lloramos el dolor del Padre que presencia el desaparecimiento de su

familia, la lucha entre sus hijos, la muerte de alguno de ellos, la prisión y el dolor de muchos de ellos.

Sin embargo, mis queridos hijos, tenemos una esperanza a pesar de nuestras debilidades, de nuestras flaquezas, de nuestras faltas. Nosotros confiamos en Cristo, confiamos en el Señor, y a Él le pedimos, con las ansias del Padre atribulado ante el dolor de sus hijos, que haga renacer la paz en nuestra tierra, que sus hijos se comprendan, que todos nosotros, todos sin excepción, podamos trabajar por la grandeza de esta tierra que amamos, y que Él nos ha dado como señal de su inextinguible amor. Tenemos confianza y tenemos esperanza.

13 de abril de 1974.



Amenazado de muerte

Celebrando la Resurrección, el Cardenal reveló que había sido amenazado de muerte:

¿Creeríais, mis queridos hijos, que en este momento, según me dicen, vuestro Pastor, vuestro Obispo que os habla, está amenazado de muerte y tiene que llevar una escolta para que lo defienda? ¿Creeríais que esto es posible en esta tierra nuestra?

Yo me pregunto: ¿Qué mal he hecho? Me pregunto: ¿Cómo es posible que los odios de mis hermanos lleguen hasta concebir la posibilidad de esta aberración? No lo puedo creer. No lo puedo creer. Yo no puedo creer que alguien pretenda levantar su mano contra un pobre hombre, que no es nadie, pero que tiene sobre sus hombros la Cruz de Cristo y que su cabeza ha sido ungida por la gracia del Pontificado. No lo puedo creer.

Yo tengo una esperanza: Amo a mi pueblo. Amo a mi gente. Y realmente si fuera necesario morir por ella, yo le pediría al Señor que me diera fuerzas para cargar con su Cruz hasta el extremo. Pero quisiera que mi pueblo viviera en paz, que los hombres de mi tierra pudieran todas las mañanas levantarse y ver ese sol que nos alumbraba, ver las montañas, los valles, los mares, pensando que aquí nadie los persigue, que no deben tener temor, que la gracia de Dios lo llena todo. Y es de todos.

13 de abril de 1974.

Queridos hijos

El Día del Trabajo reunía a miles de trabajadores en la Catedral. La palabra del Cardenal era esperada.

Queridos hijos: Estas dos sencillas palabras tienen hoy un valor y un peso muy especiales.

“Queridos hijos”: como Obispo que soy, debo ser padre, padre para todos. Por todos derramó Cristo su Sangre, pero mi fidelidad a Cristo me exige consagrarme decididamente y de todo corazón al servicio preferente de los que siempre fueron y son sus predilectos: los que sufren, los pobres, los abandonados, los que viven la inseguridad, la incertidumbre y la angustia; los que no tienen más patrimonio que sus manos para trabajar en la tierra y suplicar hacia el Cielo, y los que tienen hambre y sed de justicia.

A ustedes, trabajadores, presencia viva de Dios, que se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza; a ustedes, trabajadores, de cuyas manos depende absolutamente vuestra subsistencia y la de vuestros hijos, y en cuyas almas sencillas y abiertas, generosas y solidarias descansa la principal riqueza de la Iglesia; a ustedes, trabajadores, se dirigen en primer lugar estas palabras que hoy día pronuncia el Obispo con particular emoción: “Queridos hijos”.

1 de mayo de 1974.

La Iglesia y la Patria

En el Te Deum de 1974, el Cardenal leyó una de sus más hermosas homilias sobre Chile:

La Iglesia y la Patria: dos magnitudes, dos almas que sólo pueden subsistir y fructificar en la medida en que son fieles cada una a su tradición.

La Iglesia, fundada en la Palabra, el Dolor y el Espíritu de Cristo, sabe que no puede enseñar sino lo que Cristo le confió, ni dar vida sino abrazándose a su Cruz, ni gobernar sino sirviendo como Él sirvió. Ella es experta en humanidad, y vive siempre inmersa en su tiempo, siempre renovada y joven, precisamente porque no deja nunca de mirar hacia su origen para reencontrar, en su historia primera, los cimientos perennes de su fe, los motivos de su esperanza y las razones de su amor.

También la Patria ha de leer constantemente su itinerario histórico en sus actas de fundación. La Patria, ninguna patria y Chile menos que ninguna, la Patria no nace del vacío o del acaso. La Patria se constituye en el momento en que un grupo de hombres que habitan físicamente un determinado territorio, reconocen como suyo un mismo patrimonio de sangre y cultura, entran en comunión de tarea y destino.

La Patria no nace por un accidente geográfico o por un operativo bélico. La comunión, profundamente humana, en valores que exigen deponer innatos egoísmos y merecen

el sacrificio de la vida; la solidaridad en una misión y un destino que los concierne a todos y los distingue entre los demás pueblos de la tierra es lo que formal y decisivamente constituye a la Patria. El territorio será sólo el ámbito físico de esta comunión en el espíritu, y la gesta militar el instrumento, alguna vez necesario, para resguardar eficazmente este patrimonio de sangre y cultura.

18 de septiembre de 1974.



Chile quiere seguir siendo Chile

Con palabras profundas el Cardenal escudriña en el alma de Chile. Vale la pena recordarlo:

Por eso es que una patria no puede echarse a andar indiferentemente por cualquier camino. La patria no se inventa, sólo se redescubre y revitaliza, y siempre en la fidelidad a su patrimonio de origen. Cuando una nación que es patria busca su sendero fuera de la tradición, su apostasía deriva fatalmente en anarquía y disolución. La patria no se inventa ni se trasplanta, porque es fundamentalmente alma, alma colectiva, alma de un pueblo, consenso y comunión de espíritus que no se puede violentar ni torcer, ni tampoco crear por voluntad de unos pocos.

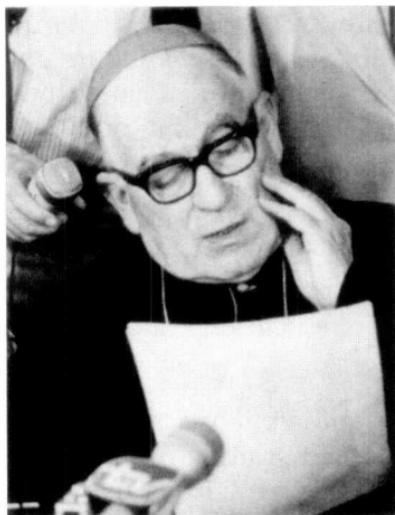
De aquí fluye, con imperativa claridad, nuestra más urgente tarea: reencontrar el consenso; más que eso: consolidar la comunión en aquellos valores espirituales que crearon la patria en su origen. La historia demuestra, y seguirá demostrando, que sólo en esta fidelidad es fecunda la esperanza.

Los pueblos que enajenan su tradición, y por manía imitativa, violencia impositiva o imperdonable negligencia o apatía toleran que se les arrebate el alma, pierden, junto con su fisonomía espiritual, su consistencia moral y finalmente su independencia ideológica, económica y política.

Pero Chile tiene su alma. Cataclismos naturales, potentes apetitos foráneos, guerras externas y largas noches de interna disensión hasta el odio; pobreza, sufrimiento, el sufrimiento más terrible de todos: no amar al hermano, no han podido arrebatarle a Chile su alma.

Y en esta hora de acción de gracias por una herencia que nos enaltece, nos estremece también la esperanza. *Chile quiere seguir siendo Chile. Chile anhela empezar otra vez, estar como antes, como siempre, a la cabeza del Reino de los grandes valores: pequeño y limitado, tal vez en su potencia económica, grande y desbordante en su riqueza de espíritu.*

18 de septiembre de 1974.



Madre e hija

Impresionan las imágenes que usa el Cardenal para hablar de Chile.

También nosotros conocemos el dolor. Los chilenos de esta década, de esta generación, hemos tenido el privilegio de sufrir, de llorar las lágrimas amargas y beber el cáliz de la incomprensión y del odio. Conocemos el dolor. Durante un tiempo demasiado largo hemos visto derrumbarse nuestras seguridades y orgullos, agrietarse los cementos de todo aquello que nos hacía grandes, fuertes, respetables. Hemos temido que Chile dejara de ser Chile, que nos tornáramos irreconocibles a nuestros propios ojos, que la patria perdiera su rostro y su alma.

Conocemos el dolor. Sólo Dios sabe cuánto, con qué amargura, cada uno de nosotros ha sufrido. Pero también y sobre todo aquí comparece nuestra fe, la fe en Cristo, muerto y resucitado que nos dice hoy en su Evangelio: "¡Ánimo, no tengan miedo. Yo he vencido al mundo... vuestro dolor es como un parto: luego sobrevendrá la alegría, y esa alegría nadie la podrá arrebatar!".

Sí: es como un dolor de parto. Tal vez es necesario, o al menos saludable, aprender así, sufriendo, lo que vale la patria; revalidar al precio de un dolor personal, la herencia que otros nos conquistaron con su sangre. Es necesario, saludable, tal vez incluso justo sufrir así. Pero es como un dolor de parto. Ahora podemos decir que Chile es nuestra

Madre, pero también nuestra Hija. La hemos engendrado, la hemos vuelto a engendrar, nosotros, con nuestro dolor.

Y por eso nuestro amor por Chile se duplica, se hace tierno, vehemente, apasionado, exigente. A Chile lo amamos como se ama a la madre y como se ama a la hija. Ahora que comprendemos, ahora que aquilatamos lo que es tener, lo que es ser patria, sentimos que no hay tarea más bella que recrearla, misión más noble que reconstruirla, suerte más dulce que morir por ella.

18 de septiembre de 1974.



Nuestro faro: la cruz

En Maipú culminó el Año Santo de la Reconciliación. Allí se escuchó al Cardenal:

La Humanidad ha corrido en este siglo tras de tantos falsos mesianismos. Se ha ilusionado con tantos falsos profetas e ídolos que prometían el mundo mejor y definitivo aquí en la tierra.

No nos equivoquemos: somos peregrinos, vamos caminando hacia el Santuario Eterno, la Casa del Padre en los cielos.

No nos equivoquemos: para alcanzar la Tierra Prometida hay que caminar en la esperanza, hay que luchar en la fe, hay que amar al amigo y al enemigo.

No nos equivoquemos: sólo el Espíritu Santo es fuego suficiente, fuego de amor, para hacer de Chile un hogar familiar, acogedor y digno para todos.

No nos equivoquemos: sólo María es la Estrella que ilumina el horizonte de la Patria, preludiando la plena manifestación de Cristo, Sol de Justicia.

Mis queridos hijos: en esta hora decisiva de la historia no podemos ser neutrales ni indecisos. Cristo reclama de nosotros una fe luminosa, convencida, audaz, de palabra y de obra, personal y social, en privado y en público.

No temamos: María está con nosotros. ¡La Llena de Gracia está con nosotros! ¡La Reina del Cielo está con nosotros! ¡Te saludamos, Vida, Dulzura y Esperanza nuestra! ¡Vencedora en todas las batallas por el Reino de Dios! ¡Toma posesión de esta casa tuya y quédate para siempre en este lugar de gracia, porque tú eres la Estrella y el alma de esta Tierra Bendita!

24 de noviembre de 1974.



Démonos prisa

En cada Te Deum el Cardenal entregaba su palabra nacida del corazón:

Ser consecuentes: decir y hacer. El amor —dice san Pablo— se goza en la verdad. Y la verdad es la coherencia perfecta entre pensar, hablar y actuar. El discípulo de Cristo procura imitar a su Maestro. Todo lo que Él dijo lo cumplió: dijo amar a los suyos y los amó hasta el extremo, dando la vida por ellos. Así, en eso se conoce el amor: cuando uno no ama sólo de palabras, sino con hechos, dando lo suyo, dándose uno mismo.

Por eso es que el amor, si ha de ser consecuente, es también en gran medida impaciente. Sí: el mismo san Pablo que nos habla de un amor que todo lo espera y lo soporta, sabe decirnos que el amor apremia, que hay una urgencia de amar.

El amor es servicio, servicio a la vida: y la vida pasa, declina, se extingue. El amor es servicio al hombre: y el hombre pasa por la tierra sólo una vez. Por eso es que el amor apremia. Un ser humano no puede ser sacrificado a un mañana o a un tal vez. Tampoco, y mucho menos, una generación. Nuestro compromiso de amor y justicia es reconstruir la sociedad chilena sobre bases sólidas y ojalá definitivas, sí, ¡pero démonos prisa! No podemos permitir que una generación o un sector de nuestro pueblo sienta transcurrir y pasar, en amarga impotencia, su oportunidad única de vivir humanamente.

La impaciencia del amor cristiano no tolera, por eso, que nuestras energías y talentos se inviertan en otra cosa que en construir. No tenemos tiempo. No tenemos tampoco el derecho de seguir mirando hacia atrás sólo para reavivar rencores y resucitar agravios. ¡Para aprender lecciones, sí! ¡Pero la gran lección que nos deja el pasado es precisamente la de la absoluta inutilidad del odio! ¿Cómo nos juzgará la historia si, teniendo por delante la providencial tarea de satisfacer el hambre y la sed de justicia de un pueblo, lo condenáramos a la frustración por ocuparnos en estériles querellas de supremacía?

El Maestro ya nos ha respondido. Le hemos preguntado cómo debe construirse un nuevo orden social. Y Él nos ha dicho: con amor. El amor es el único camino, el único cimiento de la patria que soñamos. Estamos aquí porque creemos en ella. Salgamos de aquí para crearla.

18 de septiembre de 1975.



La Iglesia no olvida su cuna

Todos los años para el Día del Trabajo, el Cardenal hablaba en la Catedral:

Muchos se escandalizaron de que un profeta fuera solamente eso: hijo de un carpintero. La sabiduría del mundo siempre tiende a pensar que Dios deposita su confianza y llama a participar en su obra de creación y gobierno del Universo, solamente a los de noble linaje, muchas letras o imponente fortuna. Pero es un hecho histórico que la responsabilidad de fundar, mantener y proteger la Familia de la que saldría el Salvador del mundo, fue confiada por Dios a un carpintero de Nazaret.

Y la fiesta de hoy testifica que Dios no se equivocó ni quedó defraudado al encomendar a un artesano tamaña responsabilidad.

Esta fiesta testifica también que la Iglesia no se olvida de su cuna. El hijo del carpintero participó largos años del trabajo y fatiga de quien era su padre a los ojos de los hombres. Más tarde, cuando ya era Maestro, manifestaría por eso una espontánea predilección hacia quienes mojan con su sudor, y a veces con sus lágrimas, el escaso pan de cada día.

Ni el trabajo ni el trabajador le son extraños a la Iglesia. Están en el centro mismo de su corazón. Ella sabe el lento y doloroso camino que millones de trabajadores han

venido recorriendo en busca de su dignidad. Y en este itinerario, sembrado de tantos obstáculos, enrojecido a veces por víctimas cruelmente inmoladas, como lo recordamos cada Primero de Mayo, en ese itinerario de progresiva liberación ha estado presente la Iglesia, señalizando, iluminando el camino, alimentando la esperanza, urgiendo el amor y la justicia.

1 de mayo de 1976.



La Iglesia, ¿marxista?

¡Con cuánta pasión atacaron al Cardenal y a la Iglesia que él servía. Él declara:

No ha sido en vano. Podemos hoy constatarlo. Lentamente la conciencia de la Humanidad se ha ido impregnando de este aliento que brota desde el Evangelio, anunciado por boca de la Iglesia. Pero hay que exhortar, y urgir, y predicar con ocasión o sin ella, porque el corazón del hombre no se abre espontáneamente al amor.

La Iglesia ha recibido muchas veces el rechazo, la incomprensión y el escándalo de quienes pretendían beneficiarse con las situaciones denunciadas. ¡Cuántas veces se ha querido hacerla callar o reducir el alcance de su voz a los límites del templo o descalificarla como intrusa en materias que escaparían a su competencia!

¡Cuántas veces se la ha acusado de estar sirviendo o de haber sucumbido al marxismo, sólo por salir en defensa del derecho de los desvalidos, por hacer suya la preferencia de Cristo por los pobres, por creer y proclamar que todos los hombres tienen el mismo derecho a vivir humanamente!

¡Qué inexplicable ceguera es la que no permite ver que así, tachando de marxista a todo aquel que lucha por el pobre, se arroja en brazos del marxismo a la gran masa de los desposeídos y desesperados!

Pero es inútil: la Iglesia no puede callar. Sería como traicionarse a sí misma. Sería también dejar al hombre, a la Humanidad, sin su conciencia. Y sin la voz de la conciencia el hombre se pierde, ya no es capaz de distinguir entre el bien y el mal.

1 de mayo de 1976.



El hombre americano

En Ciudad de Panamá se reunieron obispos de América Latina en un Congreso. El Cardenal habló:

¿Quiénes se cuentan entre ese hombre americano cuya carga asumimos?

Descendientes directos de los indígenas de antaño. Marginados todavía –y vastamente– de los beneficios de la civilización y de la plena aceptación de los demás.

Trabajadores del agro, muchas veces carentes de organización y de expresión, tantas veces ligados de por vida y por generaciones a un trozo de tierra que nunca les pertenecerá.

Pequeños mineros, artesanos, pescadores, sin acceso a los beneficios de la industrialización e inermes ante las concentraciones monopólicas de poder.

Millones de obreros, todavía constreñidos a vender y envilecer su trabajo, según las exigencias de un mercado supuestamente regido por leyes “naturales e intocables”.

Grandes mayorías, generaciones enteras postergadas y sacrificadas al juego de alianzas políticas de alto nivel o al apetito de lucro de imperios financieros.

Sistemas de producción que, aun generando elevados ingresos, y distribuyéndolos con cierta ecuanimidad, impi-

den la participación personal, la aplicación de la propia inteligencia y libertad en la gestión de la empresa.

Vastos sectores de opinión impedidos de expresarse, de hacer oír su voz. Tantos indefensos ante los abusos del poder económico y político. Tantos niños subalimentados, incubando ya los gérmenes de su raquitismo intelectual. Tantos espíritus subalimentados por el analfabetismo.

Ha pasado mucho tiempo y muchas cosas. Pero lo esencial permanece: nuestra Iglesia Iberoamericana ha recibido un legado y con él un destino. Su Evangelio de misericordia y liberación debe ser anunciado, con predilección, a los pobres. Ella tiene que seguir siendo la que siempre fue: la abogada innata de los que sufren más, y sólo encuentran en Dios y en su Iglesia motivos para aún esperar y vivir.

Panamá, 3-6 de mayo de 1976.



Papel del laico

Recordando a Mons. Manuel Larraín, el Cardenal habló sobre el rol del laico. Dijo:

La Iglesia nunca fue ni podrá ser una secta, replegada sobre sí misma y desentendida de la marcha del mundo. Desde la mañana de Pentecostés, ella vive impulsada por el Espíritu, en estado de misión. Su destino es: todos los hombres. Pero también todo el hombre. Los primeros cristianos entendieron su presencia en el mundo en términos semejantes a lo que es el alma para el cuerpo: ella está, toda entera, en cada parte del organismo, dándole la vida.

Una misión de ese alcance y naturaleza exige el concurso de todo bautizado. No sólo por un problema numérico, de cantidad, sino por una cuestión de identidad. El Evangelio pide encarnarse en la cultura misma del hombre, allí donde se forjan sus juicios, su mentalidad, sus decisiones; allí donde se investiga la verdad, donde se hace la ciencia, donde se expresa la belleza, donde se construye la ciudad humana. Allí el laico juega un papel insustituible.

Esa misión —evangelizar la cultura y las culturas del hombre—, le pertenece en primer lugar y directamente a él, por derecho propio. La realizará por cierto en comunión jerárquica con sus Pastores, dejándose iluminar por el Magisterio como depositario de la Revelación Cristiana e intérprete de la ley natural. En permanente diálogo, se mantendrá al tanto de las directivas y prioridades de la Iglesia, y formará según ellas su conciencia, para luego obrar con legítima autonomía en su campo propio.

22 de junio de 1976.

La paz y la vida

“Defender la vida” es defender la paz. El Cardenal se apasiona en esta defensa:

El Maestro ha prometido felicidad, alegría perfecta a los que trabajan por la paz. El Apóstol nos exhorta a vencer el mal con el bien.

Y antes que ellos, el más insigne orador de la antigua Roma, Cicerón, supo comprender que la tarea de la paz es digna y propia de un hijo Dios. “Vencerse a sí mismo, decía, refrenar la ira, perdonar al vencido, levantar al adversario caído: el que estas cosas haga, no lo comparo ya a los grandes hombres: lo considero muy semejante a Dios” (Pro Marcello, 3).

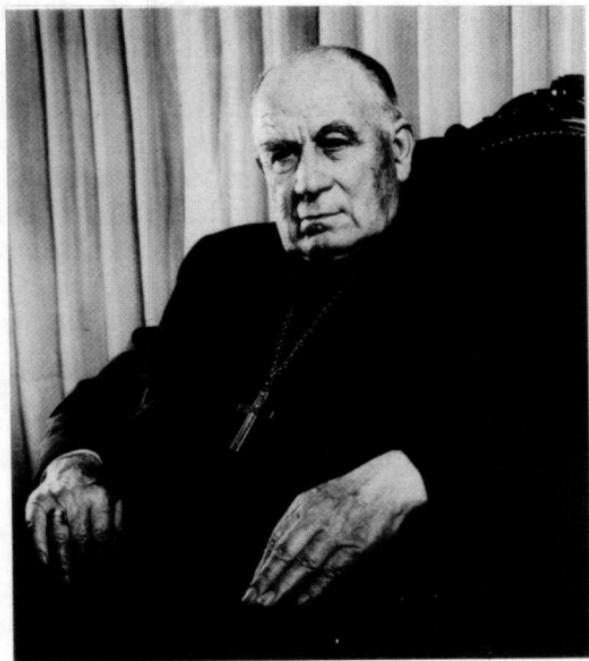
Es la tarea predilecta de la Iglesia: la paz. Y es que la paz y la vida caminan juntas. La vida es como el otro nombre de la paz, como la guerra es el otro nombre de la muerte (Mensaje de Pablo VI para la Jornada Mundial de la Paz, 1967).

Por eso la Iglesia ama tanto la paz: porque ama la vida. Porque es presencia de Cristo que vino para que los hombres tengan vida, y abundante vida.

Por eso la Iglesia defiende la vida. Por eso la Iglesia condena la guerra, condena el aborto, condena el hambre: Son enemigos de la vida. Y la vida tiene los mismos enemigos que la paz.

Por eso la Iglesia no cesa de hablar, de clamar por el derecho de todos a la vida. Por eso la Iglesia habla y clama, siempre, en todas partes, llamando a la justicia, al amor, a la libertad. Son los caminos de la paz. Y la Iglesia hace obra de paz, porque es la Casa de los hijos de Dios.

18 de septiembre de 1976.



La paz: pasión de la Iglesia

Una y otra vez el Cardenal pidió una convivencia pacífica entre los chilenos. No se le escuchó.

Quisiéramos sumarnos a esa epopeya diaria y silenciosa en que se construye la paz. Nuestra contribución como Iglesia de Cristo es muy simple, pero indispensable: ¡es el anuncio gozoso y esperanzado del Evangelio de paz!

Que nadie espere de nosotros otra palabra. Que nadie nos suponga otra intención. La paz es la pasión que la Iglesia lleva en sus entrañas de Madre. Es el gran legado que Cristo le confió. La Iglesia fue fundada como un misterio de comunión, como un signo eficaz de reconciliación de los hombres con Dios y de los hombres entre sí. Ella no sólo vive de la unidad: vive para la unidad, disponiendo el corazón del hombre para ese misterio divino de comunión.

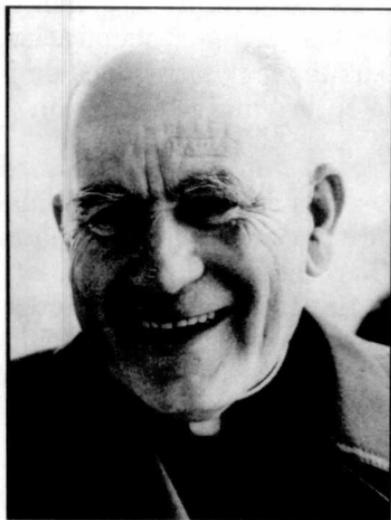
Y todo el esfuerzo de la Iglesia en estos últimos años, su constancia en evangelizar la verdad, la justicia y la libertad, su perseverancia en defender los derechos constitucionales al hombre, su firmeza en denunciar los errores que presumen ignorarlos o las violaciones que pretenden suprimirlos, nace de su pasión por la paz y de su anhelo de que ella se construya, en nuestra patria, sobre fundamentos sólidos e inamovibles.

Quisiéramos pedir perdón, si esta pasión nuestra por la paz no acertara a veces a encontrar la palabra justa o

el gesto más exento de ambigüedad. Sentimos nuestra limitación humana, que nos expone tanto a callar imprudentemente como a hablar palabras que tal vez no son de Cristo.

Pero en este momento de celebración familiar, en esta Casa de Dios donde los espíritus se abren con sencillez, deseamos reiterar que ningún interés subalterno, ninguna secreta mira o ambición de dominio en el mundo temporal, ningún prejuicio, ninguna indebida preferencia, ninguna agresividad han inspirado ni pueden inspirar la acción de la Iglesia al servicio de la paz.

18 de septiembre de 1978.



Jóvenes chilenos y argentinos

En momentos de gran tensión, jóvenes chilenos y argentinos se unieron cerca del Cristo Redentor. El Cardenal los saludó:

En ustedes se encarna la vida que nace, alegre, confiada, aún no contaminada por el odio o el cálculo egoísta, radiante de fe victoriosa. Ustedes sueñan con un mundo en que el hombre vea respetada su dignidad de persona y su vocación al amor. Ustedes creen que ese mundo es posible de construir. Ustedes han comprendido que el hambre y sed de justicia y la voluntad de hacer obras de paz, no son una utopía irrealizable: son un imperativo y un deber moral. ¡Son una bienaventuranza! Y han querido reunirse, superando distancias, alturas, suspicacias, escepticismos, para estrechar sus manos y corazones de jóvenes y proclamar juntos su fe en la Vida y su decisión por la Paz.

“Nosotros creemos en la Vida, están diciendo ustedes con su gesto. Nosotros creemos que la Vida es un don divino y una tarea divina que el hombre no puede menospreciar ni tiene el derecho de frustrar. Nosotros creemos que el plan de Dios en nuestras vidas es un designio de amor y no de odio, de comunión y no de hostilidad, de servicio y no de imposición. Nosotros creemos que sólo nos es dado vivir una vez, y en ésta, nuestra única oportunidad, conquistar el amor que se hará Vida eterna”.

Y este acto de fe en el Dios de la Vida lo concretan ustedes en una vigorosa decisión por la Paz de Dios.

8 de octubre de 1978.

Premio Naciones Unidas

El Cardenal recibió el Premio de las Naciones Unidas a la Vicaría de la Solidaridad.

Hace veinte siglos se proclamó, en un país pobre y lejano, el mensaje de las bienaventuranzas: ¡Dichosos los mansos, los misericordiosos, los que anhelan la justicia y sufren por ella, los que construyen la paz!

Desde un país también humilde y lejano, nosotros hemos querido ser fieles a este legado espiritual.

El alma de Chile, íntimamente ligada a la fe cristiana, muestra desde su mismo nacimiento un sagrado respeto por la dignidad del hombre, cualquiera sea su raza y condición. Y un extraordinario aprecio por su libertad, huella imborrable de su semejanza divina.

Nosotros no hemos hecho otra cosa que procurar ser fieles a esa tradición, entendiéndola como un legado que nos compromete.

Movidos por nuestro ardiente amor a Chile, y desde nuestra perspectiva pastoral, única que nos compete, hemos querido contribuir al logro de los ideales preconizados también por el gran gestor y prócer de nuestra nacionalidad chilena, don Bernardo O'Higgins, quien en los albores de nuestra independencia instaba a "cuidar que todos los derechos sean realmente garantidos, porque de otro modo vacila la autoridad, la seguridad, y todos los fundamentos de la sociedad y la prosperidad se conmueven y se anulan".

Nueva York, 10 de diciembre de 1978.

La civilización del amor

Mensaje a los jóvenes reunidos en "Una canción para Jesús", enviado desde Roma:

La Civilización del Amor se construye, sin duda, centrando la vida en el Evangelio del Señor. Sean ustedes los jóvenes samaritanos que nunca abandonan a un hombre herido en el camino.

Sean ustedes los jóvenes Cirineos que ayudan a Cristo a llevar su Cruz y se comprometen con el sufrimiento de sus hermanos.

Sean como Zaqueo, que transforma su corazón materialista en un corazón solidario.

Sean como la joven Magdalena, apasionada buscadora del amor, que sólo en Jesús encuentra la respuesta que necesita.

Tengan el corazón de Pedro, para abandonar las redes junto al lago. Tengan el cariño de Juan, para reposar en Él todos sus afectos. Tengan la disponibilidad de María, para cantar de gozo y para hacer su voluntad.

La Civilización del Amor les pide, en una palabra, que tengan los mismos sentimientos de Cristo Jesús. No se engañen. En Él está todo lo que ustedes buscan con pasión.

Pero construir la Civilización del Amor significa también un compromiso en ustedes. Como Pastor de la Iglesia quiero pedirles que sean jóvenes de esperanza, que ardientemente busquen la justicia, que vivan sin claudicaciones en la verdad, que venzan toda opresión que les impida ser libres, y que solidariamente sirvan en especial a los más pobres y sufrientes.

Roma, 7 de octubre de 1979.



El camino de la justicia

En el Aniversario de la Declaración de Santiago, por los Derechos Humanos, nos dijo el Cardenal:

En realidad nosotros queremos recordarnos a nosotros mismos y recordarles a todos los hombres de buena voluntad, los grandes valores, los derechos del hombre, que nosotros amamos, que nosotros queremos ver respetados en todos los hombres.

Lo deseamos, mis queridos amigos, no por afán mezquino y pequeño; no por conseguir la situación del momento, en nuestra tierra o en cualquiera otra parte. Lo hacemos porque estimamos profundamente, inmensamente, los valores del hombre. Los consideramos el tesoro más grande que Dios le haya dado a cada hombre.

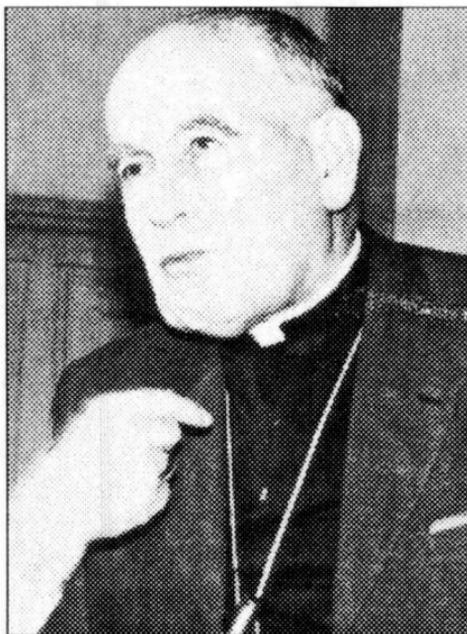
Sí, Dios nos ha hecho hijos suyos. Somos hermanos todos los hombres y, como tales, nos ha dado derechos que todos tenemos que respetar. No son cosas políticas estos derechos. El Santo Padre nos lo ha recordado. Y siguiéndolo a él, yo os lo recuerdo en esta tarde.

Estos derechos nacen del alma espiritual del hombre. Son derechos espirituales y, por lo tanto, nos toca, a la Iglesia de Cristo, tutelar esos derechos, y hacer si fuere posible que todos los hombres los respeten.

Es nuestra tarea. No es que nosotros seamos políticos. No es que nosotros seamos sociólogos. Nosotros somos en-

viados de Cristo, el Señor. Somos la pequeña grey que El ha enviado al mundo para cumplir una misión de titanes: enseñar a los hombres todo lo que Él nos ha enseñado; dándoles la fuerza misteriosa para practicar esas verdades, y haciéndolos amar a su hermano, el hombre.

23 de noviembre de 1979.



Nadie nos hará callar

En la Misa para rezar por Monseñor Oscar A. Romero, el Cardenal hizo hablar a su corazón:

Nadie, con la gracia del Señor que nos señala el camino que nos lleva a la muerte en servicio de nuestros hermanos, nadie hará callar a esta Iglesia que, como la voz de Dios, vendrá a clamar por el desvalido, por el oprimido, por el que no tiene o no recibe justicia.

No sólo vamos a clamar, no sólo vamos a denunciar. Vamos a levantar nuestras voces al Dios del cielo. Los hombres de manos limpias, de corazón sincero, los hombres que aman la verdad, han de ser oídos en el Trono del Señor.

Sí, Señor. Nosotros creemos que a pesar de nuestras miserias y pequeñeces, tú nos vas a oír. Y si no son suficientes nuestras plegarias, nuestras lágrimas, nuestros trabajos y sudores, ciertamente oirás, Señor, el dolor de tantas mujeres, de tantos niños, de tantos hombres que se arrastran por las tierras de este Continente y que no tienen la dicha de vivir como hijos tuyos.

Por ello, Señor, por lo que valen, por lo que son, por su cruz y su martirio, nosotros te pedimos que tu cayado reine en estas tierras de América, reine en nuestra patria y que los hombres de ellas sepan lo que es ser un hombre y ser hermanos.

Madre tierna de estos pueblos que tú acunaste en los primeros días de nuestra América, Madre, Virgen india de Guadalupe, acuérdate de estos hijos tuyos que llevan en el color de su piel, en el dolor de sus rostros, en el sudor de su frente, las cadenas de sus miserias y tristezas... pero te miran a ti, te saben Madre, y esperan de ti. ¡Reina y Señora de América, ven, ven a ayudarnos. Ven a traer a Cristo, el Señor, el amor que se hizo carne, el amor que fue el capullo que tú engendraste en tu seno virginal!

Abril de 1980.



Don Bosco

*Como todo salesiano, el Cardenal amaba y se entusiasma-
ba con Don Bosco. Así lo dice:*

Don Bosco me había enseñado varias cosas interesantes. La primera, a confiar siempre en Dios. ¿Qué iría a ser de mí?, ¿qué me iba a pasar?, ¿cómo voy a ir a Santiago?, ¿cuántas luchas me esperan? No lo sé. Si Dios me llama, Él pensará por mí... He de confiar en el Señor... Dios me ayudará. Y la Virgen Santa, bajo cuyo patrocinio yo empezaba esta nueva etapa de mi vida, ciertamente no se olvidará de mí.

Segunda cosa que me enseñó Don Bosco: el amor a los pobres y a los niños, un amor profundo, un amor que desea ardientemente trabajar por ellos, ganarlos a ellos, hacerlos felices, que realmente se realicen como hombres y que puedan llegar un día a la Patria del Padre. Dedicarme a ellos con el tesón, con la generosidad, con la confianza, con el sacrificio con que lo hacía Don Bosco, fue para mí un bello ideal.

Me enseñó también otra cosa importante: amar al terruño, la patria, donde uno ha nacido, pero desprendiéndose de los entusiasmos o de las pasiones... No amar con la pasión, con la violencia, en forma irracional... Hacer que en la vida de uno predomine la razón.

Punta Arenas, 2 de febrero de 1981.

Entrevista polémica

Un periodista de la Agencia ANSA, entrevistó al Cardenal en Punta de Tralca.

– *El gobierno militar chileno ha cambiado profundamente la situación económica del país.*

– Para nosotros, obispos, no se trata de una situación justa, porque va hacia la creación de grandes capitales y el pueblo debe pagar los costos. Creemos que no se puede sacrificar a una generación para llegar a una liberalización total del sector económico. En Chile las diferencias entre ricos y pobres son cada día mayores y ésta no será una solución para el problema social.

– *La Iglesia, ¿ha influido sobre el régimen militar?*

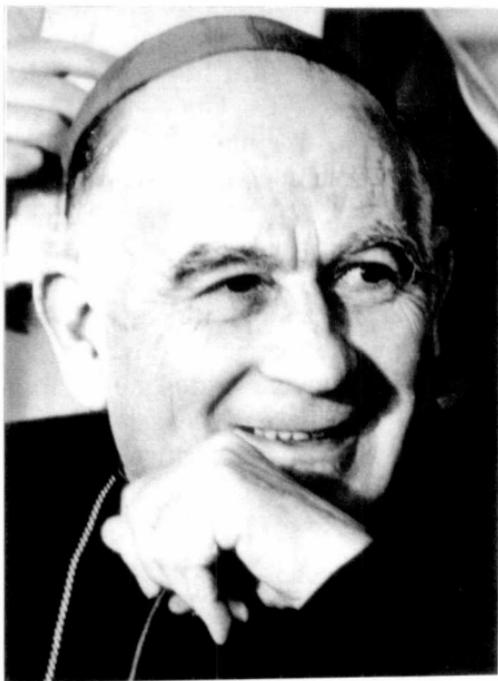
– Algunas cosas hemos obtenido... Pero especialmente gracias a las presiones de las circunstancias, no por convicción. No conseguimos convencer de que es inmensamente mejor un régimen de respeto a todos los derechos que un régimen autoritario. No lo hemos conseguido. Vemos que el camino de la violencia nos puede llevar a un desastre. Lo decimos y no nos creen.

– *¿Puede trazar una imagen de la Iglesia chilena?*

– Es una Iglesia muy viva, una Iglesia evangelizadora, una Iglesia misionera. En ella existen muchas acciones,

incluso divergentes. La Vicaría de la Solidaridad es la expresión de nuestro amor hacia los perseguidos, hacia los pobres, de nuestro deseo de que se respeten los derechos de todos los hombres. Hemos ayudado a muchas personas. Hemos salvado muchas vidas en esta lucha tan violenta que es la revolución, porque las luchas entre hermanos son las más violentas.

Febrero de 1981.



Chile y Argentina

Miles de firmas llevaron los jóvenes al Papa apoyando la Mediación. En Chile se celebró una Misa por la Paz.

Hoy estos dos pueblos que escribieron una de las más hermosas páginas de la historia de América, parece que se hubieran olvidado de su historia. Parece que se hubieran olvidado de que sangre chilena y argentina bañaron los campos de nuestra América para hacer florecer la libertad en ellos. Parece que se hubieran olvidado de que juntos emprendieron la liberación del Perú. Parece que se hubieran olvidado de que chilenos y argentinos formaban un solo pueblo y que el primero que obtuvo el nombre de Presidente de la República de Chile fue un hombre nacido en Buenos Aires.

Yo me pregunto: ¿Cómo es posible que neguemos nuestra historia? ¿Cómo es posible que no nos acordemos de la sangre de nuestros próceres? Los que hemos continuado el camino que ellos nos señalaron, los que tenemos en nuestras venas la misma sangre que corrió por los campos de batalla en los tiempos de la Independencia, no podemos jamás olvidarlo; no seremos hijos bastardos de esta tierra.

La paz entre Chile y Argentina debe reinar, y la guerra es imposible entre ellos. Por eso, en nuestra historia, teniendo 5.000 kilómetros de frontera, estos dos pueblos han sabido buscar la convivencia pacífica a pesar de las dificultades naturales que esto suponía. Y por eso hicimos tratados que nos llevaron a buscar el arbitraje ante las dificultades naturales que debían presentarse y nunca hemos recurrido a las armas.

13 de diciembre de 1981.

Uno de nuestros jefes

Una profunda amistad unió al Cardenal con Don Eduardo Frei Montalva. Dijo en su funeral:

Hoy nos reunimos para orar y, en compañía del Señor, desahogar nuestro dolor. Ha muerto uno de nuestros jefes: un hombre que señaló rumbos, que expresó los grandes anhelos de nuestro pueblo, que dirigió los destinos de la patria como Presidente de la República: Eduardo Frei Montalva.

Su trayectoria de más de 50 años de vida pública lo señalan como un político de gran talento, de extraordinaria perspicacia y habilidad para solucionar los difíciles problemas del gobierno, como un generoso y sacrificado adalid de su causa, como un demócrata convencido y ardoroso defensor de sus principios, como un cristiano fervoroso y auténtico que siempre se guió por los nobles y grandes ideales de su fe, como un humanista que desarrolló las nobles capacidades de su espíritu y los generosos anhelos de su corazón.

Eduardo Frei fue un cristiano, un demócrata, un político, un humanista y un hijo de la Iglesia. Éstos son sus títulos.

Como cristiano convencido y fervoroso, oyó la voz del Maestro que llegó a él, apremiante e insistente, a través del Magisterio de la Iglesia, que urgía a los cristianos del

mundo a crear una sociedad en que la justicia social fuera el principio de una civilización más cristiana y la base de la pacificación de la Humanidad.

Eduardo Frei y un grupo de jóvenes idealistas oyeron la voz de sus Pastores y comenzaron la tarea imposible de convencer a los hombres de su tiempo, a los dirigentes del viejo partido católico de la época para que aplicaran con generosidad y plenitud la doctrina de las Encíclicas Sociales que los Papas, cada cierto tiempo, recordaban al mundo católico y urgían su aplicación.

25 de enero de 1982.



Bendecido de mi Padre

El Cardenal admiraba al Presidente Frei. Y así lo expresó abiertamente:

Eduardo Frei fue un humanista, incansable lector, estudioso de todos los problemas. Señaló caminos luminosos que son como su testamento político. Chile no echará al olvido el ejemplo y la palabra de éste, su preclaro hijo.

Él fue también el hombre de hogar, amante de su esposa y de sus hijos, cristiano ejemplar en su vida doméstica y en su vida pública. No se enriqueció por su acción política. Por el contrario, se privó de las posibilidades de desarrollar sus brillantes capacidades de abogado, que le habrían dado ciertamente comodidades y riquezas, para dedicarse al servicio de sus hermanos en la noble tarea política. La casa que comprara con sus modestos ahorros es la misma que ha tenido siempre y a ella podían llegar una reina como el más modesto obrero o campesino. Ejemplo luminoso de un político cristiano.

Querido hermano: Ante la majestad de la muerte oigo una voz que tú reconoces y que te invita a resucitar y a participar del Reino diciendo: Ven, bendecido de mi Padre, yo tuve hambre y tú me diste de comer en los pobres de Chile. Yo estaba sin casa y tú me procuraste una habitación digna para mí. No tenía tierra para trabajar y tú supiste reconocerme en los campesinos. Yo estaba en la cárcel y tú me fuiste a ver. Yo me encontraba humillado y tú levantaste tu voz para defender mi dignidad. Hermano mío, entra en el gozo de tu Señor.

25 de enero de 1982.

Mensaje a los jóvenes

Uno de los más hermosos documentos del Cardenal fue dirigido a los jóvenes. La Carta "Ven y Sígueme" es un texto fundamental para entender su personalidad:

Tengo la experiencia y la certeza de que sólo en Jesús, reconocido como Maestro y Señor, se puede encontrar la plenitud de la vida y el sentido profundo de nuestra historia.

Yo sé muy bien que ustedes lo buscan, lo necesitan y lo esperan cada día. Sé también que Él los llama de maneras muy diversas y que repite hoy lo que un día fue diciendo a sus discípulos : "Vengan y Sígueme"... Pueden ser de distintos lugares, edades y condiciones. Algunos son pescadores del lago. Otros son cobradores de impuestos. O campesinos, obreros y letrados. "Ven y Sígueme", dice a todos.

Y millones de hombres caminan con Jesús. Y se sienten tan atraídos por su Personalidad y su Mensaje, que no preguntan hacia dónde ni hasta cuándo van con Él. En el lago quedan unas barcas y unas redes. En Cafarnaún queda un escritorio abandonado. "Ellos lo dejaron todo" para seguirlo (Lucas 5, 11).

En este tiempo de Misión Joven yo quiero repetir en nombre del Señor esta misma invitación a ustedes, jóvenes de nuestra querida Iglesia de Santiago: "Vengan y Sígueme". "No son ustedes los que me han elegido. Soy Yo el que

los ha elegido a ustedes y los ha destinado para que vayan y den fruto. Y su fruto permanezca” (Juan 15, 16).

Estoy seguro de que ustedes sabrán reconocer a Jesús en medio de su pueblo. Creo, también, que tendrán la fuerza de subir a la montaña para escucharlo, que saltarán de gozo cuando reciban su palabra de bienaventuranza y que recorrerán la tierra para anunciar Su nombre.

Pentecostés, 1982.



La aventura de la fe

La Carta "Ven y Sígueme" terminaba con esta hermosa reflexión surgida desde el corazón de un padre:

No serán muchas las palabras que, como Pastor de la Iglesia de Santiago, les podré dirigir en el futuro. Siento que "estoy terminando una carrera y esperando la corona de la vida". Por eso mis palabras hoy día son las de un padre.

Hijos míos: No rehúyan el llamado del Maestro a caminar con Él. No pregunten por qué ni dónde los llama. Corran con Él la aventura de la fe. Experimentarán que nada hay, fuera de Él, que les entregue esperanza y salvación duraderas. Acérquense al Señor en los sacramentos y escúchenlo en la oración para que por sobre todas las cosas sean capaces de un amor sin límites.

Amen sus propias vidas juveniles donde Dios habita. Amen a los demás jóvenes que abrigan tantas esperanzas en ustedes. Amen a sus padres y familiares y tengan con ellos actitudes de comprensión y de perdón. Amen a la Iglesia y a sus Pastores y ayúdenla para que sea fiel al Evangelio. Amen a la humanidad y al mundo y háganse servidores y constructores del Reino. Pero para poder amar con la intensidad necesaria no olviden amar al Señor con todo el corazón, con todas las fuerzas y con toda el alma.

Que la Virgen María, Madre de los jóvenes, los acompañe. Que Ella sea el modelo de todos ustedes.

Pentecostés, 1982.

Mi oración

*Le preguntaron al Cardenal: ¿Cómo hace oración usted?
Y él contestó:*

Desde muy pequeño yo aprendí a hablar con Dios. Mi madre me enseñó a rezar desde mis primeros pasos y yo me sentía muy feliz de poder hacerlo. Con frecuencia yo la acompañaba a la Santa Misa para dialogar con el Señor.

Fui consagrado sacerdote para estar más íntimamente ligado con el Señor Jesús y para poder servirlo en los más humildes. Jesús me entusiasmó totalmente y a Él decidí darle mi vida.

Después de muchos años de Sacerdote salesiano, de Obispo y de Cardenal, puedo decir que mi vida ha sido feliz porque he sentido al Buen Dios en torno mío. Yo sé que Él me ama y lo único que deseo es amarlo a Él.

La oración es para mí más importante que el alimento diario. Es el diálogo íntimo con el Amigo, es escuchar su Palabra y entender su Voluntad. A través de la oración siento que puedo ver a Dios en cada hombre, en especial en los jóvenes y en los pobres, a los que por regalo suyo me ha correspondido servir. La oración me permite así mismo no guardar rencor y perdonar a quienes en algún momento pudieron haberme ofendido.

Yo busco a Dios. Amo a Dios. Necesito de Dios. Y sé que Él me ama intensamente. Eso me emociona hasta las

lágrimas. Yo no tengo méritos personales para ser amado, sin embargo Él gratuitamente me ama sin fatigarse nunca.

Si una palabra pudiera sintetizar mi vida, es precisamente ésta: Me siento amado por mi Dios, me siento acompañado y perdonado por Él. Y a Él quiero amar hasta el último suspiro de mi vida. Ésa es mi oración. Y ése es también mi mensaje a los jóvenes chilenos.

Octubre de 1989.



Mi sueño de Chile

En un texto muy hermoso el Cardenal expresa cuál es su sueño sobre Chile. Dice:

Quiero que en mi país todos vivan con dignidad. La lucha contra la miseria es una tarea de la cual nadie puede sentirse excluido. Quiero que en Chile no haya más miseria para los pobres. Que cada niño tenga una escuela donde estudiar. Que los enfermos puedan acceder fácilmente a la salud. Que cada jefe de hogar tenga un trabajo estable y que le permita alimentar a su familia.

Y que cada familia pueda habitar en una casa digna donde pueda reunirse a comer, a jugar y a amarse entrañablemente.

Quiero un país donde reine la solidaridad. Muchas veces ante las distintas catástrofes que el país ha debido enfrentar, se ha demostrado la generosidad y la nobleza de nuestro pueblo. No es necesario que los terremotos solamente vengan a unir a los chilenos.

Creo que quienes poseen más riqueza deben apoyar y ayudar a quienes menos poseen. Creo que los más fuertes no pueden desentenderse de los más débiles. Y que los más sabios deben responsabilizarse de los que permanecen en la ignorancia. La solidaridad es un imperativo urgente para nosotros. Chile debe desterrar los egoísmos y ambiciones para convertirse en una patria solidaria.

Quiero un país donde se pueda vivir el amor. ¡Esto es fundamental! Nada sacamos con mejorar los índices económicos o con levantar grandes industrias o edificios, si no crecemos en nuestra capacidad de amar. Los jóvenes no nos perdonarían esa falta. Pido y ruego que se escuche a los jóvenes y se les responda como ellos se merecen. La juventud es nuestra fuerza más hermosa...

19 de noviembre de 1991.



Apéndice

MI TESTAMENTO ESPIRITUAL

El Cardenal Raúl Silva Henríquez tuvo la gentileza y la confianza de poner en mis manos lo que él llamó su "Testamento Espiritual". En él quiso legar a los cristianos y personas de buena voluntad lo que fue el corazón de su ministerio episcopal: el amor. Nos dice:

Mi palabra es una palabra de amor. He buscado a lo largo de mi vida amar entrañablemente a mi Señor. A Él lo conocí desde niño. De Él me entusiasmé siendo joven. A Él he buscado servir como Sacerdote y como Obispo. Si tengo una invitación y un ruego que hacer con vehemencia es precisamente este: que amen al Señor. Que conozcan su Palabra. Que lo escuchen en la Oración. Que lo celebren en los Sacramentos. Que lo sirvan en los Pobres. Y que pongan en práctica el Evangelio en la vida de todos los días.

Mi palabra es una palabra de amor a la Santa Iglesia. Fue la Iglesia doméstica en mi familia la que me enseñó a orar y a servir. Fue la Iglesia la que me educó en el amor y me regaló la fe. Fue la Iglesia la que me llamó, por el ejemplo de Don Bosco, a servir a los jóvenes y a los pobres. Fue la Iglesia la que me dio grandes responsabilidades, a pesar de mis limitaciones. Fervientemente eso les pido: amen a la Iglesia. Manténganse unidos al Papa y a sus Obispos. Participen activamente en la comunidad eclesial. Tengan misericordia con sus defectos, y sobre todo sepan apreciar su santidad y sus virtudes. Procuren en todo mo-

mento que ella proclame con alegría y entusiasmo la Buena Noticia que su Maestro le encargó anunciar a todos.

Mi palabra es una palabra de amor a Chile. He amado intensamente a mi país. Es un país hermoso en su geografía y en su historia. Hermoso por sus montañas y sus mares, pero más hermoso por su gente. El pueblo chileno es un pueblo muy noble, muy generoso y muy leal. Se merece lo mejor. A quienes tienen vocación o responsabilidad de servicio público les pido que sirvan a Chile en sus hombres y mujeres, con especial dedicación. Cada ciudadano debe dar lo mejor de sí para que Chile no pierda nunca su vocación de justicia y libertad.

Mi palabra es una palabra de amor a los pobres. Desde niño los he amado y admirado. Me ha conmovido enormemente el dolor y la miseria en que viven tantos hermanos míos de esta tierra. La miseria no es humana ni es cristiana. Suplico humildemente que se hagan todos los esfuerzos posibles e imposibles, para erradicar la extrema pobreza en Chile. Podemos hacerlo si en todos los habitantes de este país se promueve una corriente de solidaridad y de generosidad. Los pobres me han distinguido con su cariño. Sólo Dios sabe cuánto les agradezco sus muestras de afecto y su adhesión a la Iglesia.

Mi palabra es una palabra de amor especial a los campesinos que trabajan con el sudor de su frente y con quienes compartí desde mi infancia. En ellos hay tantos valores que no siempre la sociedad sabe apreciar. Quiero pedir que se los ayude y se los escuche. A ellos les pido qué amen y que cuiden la tierra como un hermoso don de nuestro Dios.

Mi palabra es una palabra de amor a los jóvenes. En los primeros y en los últimos años de mi ministerio sacer-

dotal a ellos les he dedicado de un modo especial mi consejo y mi amistad. Los jóvenes son buenos y generosos. Pero necesitan del afecto de sus padres y del apoyo de sus profesores para crecer por el camino de la virtud y del bien. La Iglesia y Chile tienen mucho que esperar de una juventud que está llamada a amar con transparencia y cuya voz no puede ser desoída.

Mi palabra es una palabra de amor a mis hermanos obispos y a los sacerdotes que con tanto celo sirven a su pueblo. Doy las gracias a quienes colaboraron conmigo en tantas tareas hermosas que emprendimos, primero en la amada Iglesia de Valparaíso, y después en esta muy amada Iglesia de Santiago.

A los laicos que lealmente me dieron su amistad y su cooperación les deseo que su trabajo sea comprendido y valorado. Que no se cansen en su servicio y que cuiden de un modo especial a sus familias.

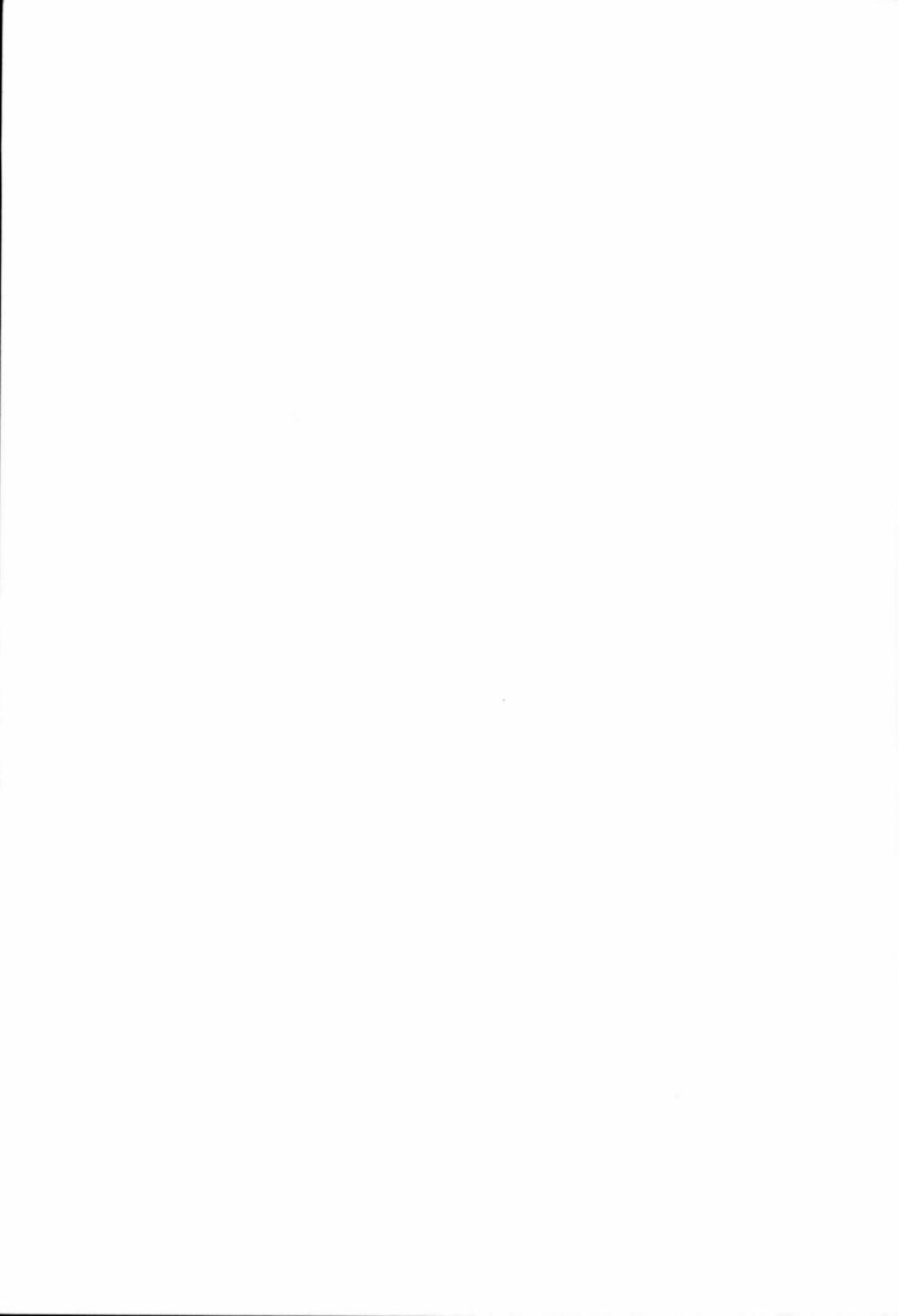
Mi palabra es una palabra de amor a todos. A los que me quisieron y a los que no me comprendieron. No tengo rencor. Sólo tengo palabras para agradecer tanta bondad que he recibido.

A la Virgen Santa me encomiendo, ya que ella es el Auxilio de los cristianos.

A todos les doy mi bendición en el nombre del Señor.

Raúl, Cardenal Silva Henríquez

Índice



Presentación	5
1. Primer mensaje	7
2. Carta desde Roma	8
3. Fraternidad americana	9
4. Derechos humanos	10
5. Neruda, Doctor Honoris Causa	11
6. ¿Sacerdotes en crisis?	12
7. Vocación política	13
8. Tierra para los campesinos	14
9. Paz y libertad	15
10. Evangelizar	16
11. La tentación de la violencia	18
12. Proteger la vida	19
13. Conquistar la paz	20
14. Lloramos	22
15. Justicia	23
16. En pañales	25
17. Los niños	26
18. El Dios del Evangelio	28
19. Matar el odio	29
20. Carta a los cristianos de Holanda	31
21. No a la violencia	33
22. Supremacía del hombre	34
23. Era posible	36
24. Los dirigentes políticos	38
25. Consenso nacional	39
26. El verdadero rostro	40
27. La Patria	41
28. El alma de Chile	43
29. No se nos ha oído	45

30. Amenazado de muerte	47
31. Queridos hijos	48
32. La Iglesia y la Patria	49
33. Chile quiere seguir siendo Chile	51
34. Madre e hija	53
35. Nuestro faro: la cruz	55
36. Démonos prisa	57
37. La Iglesia no olvida su cuna	59
38. La Iglesia, ¿marxista?	61
39. El hombre americano	63
40. Papel del laico	65
41. La paz y la vida	66
42. La paz: pasión de la Iglesia	68
43. Jóvenes chilenos y argentinos	70
44. Premio Naciones Unidas	71
45. La civilización del amor	72
46. El camino de la justicia	74
47. Nadie nos hará callar	76
48. Don Bosco	78
49. Entrevista polémica	79
50. Chile y Argentina	81
51. Uno de nuestros jefes	82
52. Bendecido de mi Padre	84
53. Mensaje a los jóvenes	85
54. La aventura de la fe	87
55. Mi oración	88
56. Mi sueño de Chile	90

Apéndice

Mi Testamento Espiritual	92
--------------------------------	----

